



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Espías en el paraíso

En Viena han desaparecido tres agentes de la CIA, tres Simones. Inmediatamente, la agente Baby se dirige allí, y se encuentra con que a otros servicios secretos, la MVD, el MI5, y el SDECE, también les han desaparecido agentes en esa ciudad.



Lou Carrigan

Espías en el paraíso

Brigitte en acción - 202

Archivo Secreto - 167

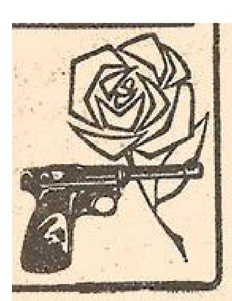
ePub r1.0

Titivillus 13-09-2019

Lou Carrigan, 1975
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

El altísimo, flaquísimo, delgadísimo Mac Gee, contemplaba extasiado a la bellísima, hermosísima, divinísima Brigitte Montfort, la más sensacional espía de todos los tiempos.

Mac Gee era feo, llevaba lentes de gruesos cristales redondos, y sus cabellos parecían una vieja escoba colocada al revés encima de su frente. Pero tenía cara dé buenísima persona.

Brigitte Montfort no era fea, no llevaba lentes, y sus cabellos eran negros, largos, suavemente ondulados, adornando el delicado rostro, haciendo contraste doble con sus grandiosos ojos del más puro azul y su boquita sonrosada. Parecía una inofensiva muñequita.

Pero…

Pero, la señorita Montfort, además de ser una encantadora personita, de profesión periodista, era también, secretamente, la agente Baby de la CIA: el no va más de la efectividad y la sapiencia en espionaje internacional.

Sólo que nadie lo habría dicho, viéndola allí, tan modosita, amable y sonriente, vestida únicamente con un reducidísimo *bikini* del mismo color que sus ojos, si tal cosa era posible. Un *bikini* tan, tan pequeñito, que los miopes ojos de Mac Gee comenzaban a salirse de las órbitas, incapaces de asimilar tantísima belleza como representaba aquel cuerpo perfecto, dulce, de formas sugestivas e impecables, de piel dorada como el sol, como el oro.

Estaban en el salón del apartamento de la más peligrosa espía del mundo, los dos solos, sentada ella en el sofá, él en un sillón, delante, fascinado, turulato, al borde del desmayo.

Hasta que por fin, la señorita Montfort soltó una risita y dijo:

—Será mejor que me vista ya, Mac Gee, o va usted a enfermar… Parece que su experimento no da resultado.

—Pu… pues no… no lo comprendo… Estoy seguro de que lo he hecho bien, he estado trabajando en ello durante meses…

—Le creo. Y le agradezco que haya pensado en mí para el experimento. Pero como ve, ha pasado el tiempo que usted indicó, y nada ha sucedido.

—Bueno —Mac Gee miró su reloj—… Concédame unos minutos más, por favor. Ya sé que es abusar, pero…

—Minutos concedidos —rió ella—: no me molesta estar en *bikini*.

—Gracias… ¡Demonios, Baby, es usted bellísima!

—¿Ahora se da cuenta? —volvió a reír Brigitte—. Hace un montón de años que nos conocemos, Mac Gee.

—Sí… Pero nunca la había visto así.

—Todo sucede algún día —aseguró filosóficamente Brigitte—. Incluso esto. Y lo menos que podía hacer por el hombre que con sus pequeños artefactos ha contribuido tanto a que yo siga con vida, era darle una buena ración de… belleza. Porque usted mismo ha dicho que soy bellísima, ¿verdad?

—Sí —se atragantó Mac Gee—. ¡Bellísima! ¡La más bellísima mujer que he conocido jamás! Bu… bueno, yo ya sabía que su rostro… Quiero decir que claro, de la belleza de su rostro ya estaba convencidísimo, pero su cuerpo es… es…

—Es una vieja piel llena de agujeros —murmuró la espía—. Si usted, en lugar de ser un químico de la CIA, el hombre que tantas cosas raras inventa para mi maletín-arsenal, fuese uno de los médicos de la CIA, ya conocería perfectamente mi cuerpo, pues habría tenido que remendármelo muchas veces.

—No…, no se nota nada…

—Porque los cirujanos de la CIA están bien elegidos, querido amigo. Pero tengo quemaduras, latigazos, balazos, cuchilladas, golpes… Acérquese más, acérquese… Mire aquí —señaló su seno derecho—. ¿Qué ve?

—Pu… pu… pu… pu… pues… Bu… bu… bu… bueno… —Se había inclinado Mac Gee sobre el seno, rojo el rostro—. Yo… yo no… no veo… nada… especial… Só… sólo u… na carne muy fina y… como… como si estuviese hecha de… de oro…

—¡Pero qué amable y galante es usted, Mac Gee! Claro que su vista no es muy buena, querido: aquí, una vez, una bruja me clavó

sus garras profundamente, en una lucha: quería hacerme pedazos. Los médicos tuvieron que trabajar en mi seno durante horas en tres sesiones para que quedase como antes.

—Hi… hi… hi… hicieron un bu… buen tra… trabajo…

—¿Y en la espalda? Mire, mi espalda. Mírela, hombre, y pase la mano por la columna vertebral… ¿Qué pasa? ¿Le da asco?

—¡San… santo cielo, no…! Es que no sé si… si debo…

—Vamos, no sea tímido. Eso es… No, no: un poco más abajo… ¿Qué nota ahí?

—Na… nada… Só… sólo como… como si estuviese… tocando seda, sí…

—Es usted encantador…

En aquel momento, sonó el timbre-carillón del apartamento, y Mac Gee respingó y corrió a ocupar de nuevo el sillón, bajo la amable y socarrona mirada de Brigitte, que encendió un cigarrillo y dijo:

—Esperaré todavía el tiempo de fumarme este cigarrillo. Si no da resultado, lo siento, pero daremos por terminado el asunto.

—En realidad, ya estoy convencido de que he fracasado, así que si quiere vestirse Como tiene visita…

—No se preocupe por eso: Peggy sabe muy bien a quiénes recibiría yo en *bikini* y a quiénes debe hacer esperar afuera… Y me parece —movió la cabecita graciosamente, en gesto de escucha atenta— que la visita es admisible. Conozco esos pasos siniestros.

Peggy, la fiel doncella de la espía internacional, apareció en el salón, anunciando:

—El señor Pitzer, señorita.

Inmediatamente tras ella entraba Charles Alan Pitzer, el jefe del Sector Nueva York de la CIA, comenzando a saludar:

—Buenas tard… ¡Mac Gee! —se sorprendió—. ¿Qué está haciendo usted aquí?

—¡Ho… hola, Pitzer! —se puso en pie Mac Gee—. Bueno, yo…

—Mac Gee ha inventado algo nuevo, tío Charlie —dijo Brigitte —, y estamos probando si da resultado.

—¡Ah!

—Sí, yo… yo… yo he estado trabajando meses en esto, y… y como sé que Baby siempre prefiere que haga las pruebas con ella en lugar de utilizar a alguno de los agentes…

—A esos muchachos, a esos Simones, los vamos a llamar *Los Intocables* —refunfuñó Pitzer, dejándose caer en un sillón—. No hay modo de tranquilizar a Baby cuando… En fin, ¿en qué consiste ese experimento?

—Pues Mac Gee ha inventado un líquido que, en teoría, una vez inyectado, provoca cierta coloración en la piel. Es un hombre muy listo, porque mientras parece que algunas personas estudian procedimientos para aclarar el tono de la piel negra, él lo ha hecho al revés. O sea, que con su *Blackcolor* inyectado, yo tendría que tener ahora la piel negra.

—¡Demonios! —respingó Pitzer—. ¿Y usted se ha prestado a eso, Brigitte?

—Mac Gee me ha inyectado solamente una dosis diminuta, de cortísima duración y además de coloración suave. En estos momentos, yo tendría que parecer, cuando menos, una linda mulatita. ¿No es eso, Mac Gee?

—Sí, sí… Pe… pero ya veo que no da resultado… Tendré que seguir estudiando la fórmula…

—He dicho que terminaré el cigarrillo —recordó Brigitte—, y así se hará. Quizá todavía dé resultado.

—No sé si me gustaría —dijo Pitzer—. ¿Para qué querría nadie tener la piel negra?

—Es una hermosa piel —lo miró fijamente Brigitte.

—Sí… Bueno, no he querido decir… Ya sé que a usted le gustan los negros…

—A mí, tío Charlie, me gustan los negros, los blancos, los amarillos, los cobrizos, los verdes, los azules y los tornasolados. La piel no es nada. He conocido negros repugnantes, blancos odiosos, y chinos admirables… ¿Qué le trae a usted por aquí? ¿Quizá quiere que le presente algún amigo negro?

—No, no…

—Es que tengo muchos. Y ésos no son repugnantes.

—Está bien, está bien… Mmm… Estamos preparando una ofensiva en Viena.

—¿Una ofensiva? ¿Qué quiere decir?

—Creo que usted lo definiría como una… masacre de espías.

Brigitte Montfort irguió el busto, entornó los ojos…, y Charles Pitzer notó una especie de impacto frío en todo su cuerpo.

—Se me ocurre —dijo gélidamente la divina espía— que usted está intentando gastarme una broma.

—No. Lamentablemente, ésa es la decisión de la Central. A menos que podamos encontrar una solución mejor. Pero, de verdad, se está preparando una orden general para Europa, a fin de concentrar en Viena el suficiente número de agentes para lanzar una ofensiva que sirva de escarmiento.

—De escarmiento…, ¿a quién o a qué?

—En cuatro meses, nos han matado a tres hombres.

Brigitte palideció intensamente.

—¡Yo no sabía eso! —casi gritó.

—Bueno, es que…

—¡Tengo dicho en la Central que cuando sucedan cosas así me avisen inmediatamente!

—Cálmese. En realidad, no tenemos la certeza de que estén muertos, pero… ¿qué otra cosa? Un espía no permanece en silencio cuatro meses, ¿verdad? En ese tiempo, por malherido que haya estado, ha podido recuperarse y ponerse en contacto con cualquier punto de Europa. Pero no ha sido así. Hace cuatro meses, *desapareció* un agente; hace poco más de mes y medio, *desapareció* otro; hace un par de días, el tercero.

—¿Y siempre en Viena?

—Siempre en Viena. Hemos pensado…

—¿Les importa que me retire? —se puso de nuevo en pie Mac Gee—. A mí, esta parte de las actividades de la CIA no me interesan: creo mejor no saber nada de nada.

—Dormirá usted mejor —susurró Brigitte, apagando el cigarrillo en un cenicero de jade—. Lo siento, Mac Gee.

—¡Oh!, pienso insistir en esta fórmula… Lo conseguiré. Bueno, no… no me atrevo a pedírselo, pero…

—Aceptaré ser de nuevo ratita de laboratorio siempre que usted quiera —aseguró Brigitte—. Perdóneme si no le acompaño a la puerta.

—Oh, no importa, ya sé que…

Mac Gee se despidió con un gesto, recogió su maletín, y se marchó, sin terminar la frase. No era necesario. Lo que él sabía, lo que todo el mundo sabía, era que Baby jamás perdonaba el asesinato de un agente de la CIA, de un *Simón*. Para ella, todos se

llamaban *Simón.* Todos. De este modo, si alguna vez quedaba prisionera y le interrogaban respecto a los nombres de sus colaboradores, sólo podría decir: Simón I, Simón II, Simón III, Simón IV…

—Hemos pensado —siguió Pitzer, tras breve reflexión— que conviene aclarar el asunto, porque, como usted sabe, Viena es… el ombligo del espionaje en Europa, y no estamos dispuestos a ceder el terreno a nadie…

—¿De quién sospechamos? ¿De los rusos?

El tono irónico de su voz no pasó desapercibido para Pitzer, desde luego. Brigitte se tomaba ya a broma el hecho de que, cuando sucedía algo, la CIA, como punto de partida, les echaba la culpa a los soviéticos.

—De nadie en particular —refunfuñó Pitzer—. Pero el asunto tiene que ser aclarado… de un modo o de otro. Como le he dicho, todo está dispuesto' para la ofensiva. Pero la Central me ruega que le transmita esta pregunta: ¿está usted dispuesta a perder tres días en investigaciones previas?

Brigitte movió la cabeza con gesto divertido, fija su mirada en Pitzer.

—Supongo, tío Charlie, que usted me está haciendo esta pregunta… ya con mi pasaje de avión para Viena en el bolsillo.

Pitzer sonrió, sacó un sobre, y lo depositó sobre las hermosísimas rodillitas de la espía.

—Vuelo 197, Panam, mañana a las nueve quince.

—¡Qué bien! Eso quiere decir que llegaré a Viena poco menos que a la madrugada siguiente, teniendo en cuenta el transbordo, el horario, el giro de la Tierra, y todo eso. Bueno, dormitaré en el avión. ¿Alguna instrucción especial?

—Sí —Pitzer sacó otro sobre, y lo dejó, también, sobre las rodillas de Brigitte—. Estos son los tres agentes desaparecidos… Ya sé que no le gusta saber sus nombres, pero… mucho me temo que ya no importe, Brigitte.

El gesto de la espía se nubló. Sacó las fotografías del sobre, y las fue pasando, lentamente. Como lo temía: tres espías jóvenes, de rostro enérgico e inteligente… Tres *Simones*, llamados: Uriah Revers, Slim Donahue, Peter Colby. Brigitte asintió con la cabeza, guardó las fotografías en el sobre, y devolvió éste a Pitzer…, que le

estaba tendiendo otro.

—¿Más fotografías?

—Sí. Corresponden a nuestros puntos fuertes supersecretos en Viena.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué modo de dramatizar: puntos fuertes supersecretos…! ¿Qué quiere decir eso, exactamente?

—Écheles un vistazo.

Brigitte obedeció…, y no pudo evitar una sonrisa.

—Ahora sí que está usted bromeando, tío Charlie.

—No.

La divina se dedicó a mirar con más atención las fotografías. Correspondían a un hombre y una mujer, cuyas edades respectivas eran sin lugar a dudas superiores a los sesenta años. Dos ancianos que, realmente, se aproximaban a los setenta. Simpáticos. Rostros bondadosos e inteligentes. Él tenía los cabellos completamente blancos (las fotografías eran en color, naturalmente), y resultaba no sólo simpático, sino interesante, bonachón, un poco mofletudo, saludable. Llevaba unos lentes redondos que le recordaron a Brigitte la vieja imagen del niño empollón, muy estudioso. Enternecedor.

Ella debía haber sido muy bonita, y aún hacía recordar esa belleza, con sus finos rasgos, sus grises cabellos muy bien peinados, cuidadosamente maquillada, cierto gesto de sonrisa coqueta… Tenía los ojos azules, cándidos, como corresponden a una persona que siempre ha tenido una vida amable y tranquila.

En suma, dos viejecitos encantadores.

—Pasmoso —sonrió de nuevo—. ¿Se dedican a espiar, realmente?

—No debe menospreciarlos —advirtió Pitzer—, son sensacionales, se lo aseguro. Se llaman Oscar e Irene. Utilizan el apellido Rambouillet.

—Oscar e Irene Rambouillet… Muy bien. No voy a menospreciarlos. ¿Cuál es la intervención de ellos en esto?

—Los tres agentes que han desaparecido tenían que hacer contacto con ellos.

Brigitte miró incrédulamente a su jefe de Sector.

—¡No es posible!

—Es absolutamente cierto.

—Bien… ¿Y no hicieron contacto antes de desaparecer?

—Dos de ellos, sí. Otro, no. Este fue el segundo, el de en medio. Los Rambouillet son el punto de apoyo máximo en la ciudad de Viena, y nuestros agentes saben que pueden acudir a ellos si están en alguna dificultad. Pero, estén o no estén en dificultades, están *obligados* a comunicar su paso por Viena a los Rambouillet. Esto, claro, en cuanto se refiere a los que pasan por Viena procedentes de otros lugares donde han llevado a cabo determinado trabajo… Los residentes de Viena, en cambio, no conocen a los Rambouillet, ni tienen la menor idea de que, aparte de ellos, la CIA tenga allá ese… punto fuerte supersecreto, al que llamamos, en clave, *Strong Secret Point*.

—Explíqueme eso mejor, tío Charlie.

—Nuestros hombres en Viena, no saben nada de los Rambouillet. En cambio, cuando un agente es enviado a alguna misión a Bulgaria, Rumania, Polonia, Rusia, Alemania, etc., se le indica que, en caso de dificultades, especialmente, pase por Viena…

—¿Y si no hay dificultades?

—También, también… Pero especialmente, en caso de dificultades. Entonces, nuestros agentes hacen su trabajo en Alemania, por ejemplo, y escapan rumbo a Viena. Si todo les ha ido bien, y no les están persiguiendo, llaman a cierto número que se les ha indicado, y que corresponde a los Rambouillet, comunican a éstos el satisfactorio resultado de su trabajo, y siguen hacia París, punto de regreso de todos hacia Washington o Nueva York…

—¿Y si todo ha ido mal? ¿Y si los están persiguiendo?

—Piden ayuda a los Rambouillet. Y le diré por qué se la piden precisamente a ellos…

—Eso ya lo entiendo. Y me parece estupendo: si pidiesen ayuda a los agentes de la CIA residentes en Viena, cabría la posibilidad de que, por medio de éstos, ellos fuesen interceptados… Pero, como nadie conoce en Viena a los Rambouillet, la ayuda es segura y discretísima. Me parece muy bien, de veras.

—Esa es la idea.

—De acuerdo. Ahora dígame, ¿pidieron ayuda esos tres *Simones* a los Rambouillet?

—El primero y el tercero, sí. El segundo, no los llamó, no sabían nada de él.

—Entonces, vamos a dejar aparte al segundo, y pasemos al

primero y al tercero… ¿Qué dicen los Rambouillet respecto a ellos y su desaparición?

—Estos dos fueron Uriah Revers y Peter Colby. Los Rambouillet dicen que, en efecto, los dos los llamaron, pidiendo ayuda, al teléfono privado. Entonces, ellos prestaron esa ayuda, primero a Revers, después a Colby, poniéndolos a ambos en ruta lejos de Viena.

—¿Y… qué más?

—No saben nada más.

—Tío Charlie, en muchas cosas yo sigo siendo una ingenua enternecedora… Por ejemplo, si un amigo me dice que ha nadado las cien yardas en treinta y cinco segundos, tengo tendencia a creerlo. Pero, querido, en cuestiones de espionaje no me queda ya ni el más pequeño rastro de ingenuidad.

—Usted, naturalmente, desconfía de los Rambouillet.

—Hombre… —sonrió secamente Brigitte.

—Tenga en cuenta, en primer lugar, que el segundo desaparecido no recurrió a ellos; así que poco pudieron tener que ver en su desaparición, si no los llamó.

—Eso es lo que dicen Oscar e Irene, querido. Pero… ¿podemos estar seguros de que Donahue no los llamó?

—No, claro.

—Y en cuanto a los otros dos, los Rambouillet dicen que los pusieron en ruta fuera de Viena, a salvo, tras ayudarlos… Muy bien. ¿Podemos tener acaso esa seguridad?

—Tampoco.

—En tal caso, ese… *Strong Secret Point* puede muy bien ser una formidable trampa, ¿no le parece?

—La Central confía plenamente en los Rambouillet.

—¿Por qué?

—Porque llevan bastante tiempo trabajando para la CIA y han aprendido tanto que, últimamente, nos vienen facilitando una serie de informaciones de altísima calidad…

—¿Qué clase de informaciones? —sonrió secamente Baby.

—Ya sé lo que está usted pensando —refunfuñó Pitzer—. Pero no. No son esa clase de informaciones prefabricadas que utilizan algunos agentes dobles o triples para confiarnos, o informaciones de las que muy pronto van a ser publicadas en Alemania, Rusia,

Polonia, Italia o donde sea… No. Son verdaderas informaciones de espionaje auténtico, cerebral, bien organizado, efectivo al cien por ciento. Informaciones de las que, realmente, hacen daño a otros servicios secretos, y le aseguro que esto ha sido comprobado en numerosas ocasiones. Los Rambouillet no pueden estar trabajando para ningún otro servicio secreto, pues a todos los han perjudicado en beneficio nuestro. Y con informaciones de auténtica envergadura y valía, no con tonterías. Sospechar de ellos, créame, es absurdo…, y, sobre todo, muy injusto.

—Está bien… ¿Y cómo obtienen ellos esas informaciones tan importantes y que tanto daño hacen a otros servicios secretos?

—Eso es cuenta de ellos, no nuestra. Comprenda que para llevar a cabo una labor como ésa, tienen que estar bien preparados en diversos aspectos… Es lógico. Y nosotros no les pedimos explicaciones al respecto. Queremos resultados, y ellos nos los dan. Por otra parte, otros muchos agentes han pedido la ayuda de los Rambouillet a su paso por Viena, la han obtenido, y han llegado a casa sanos y salvos, sin tropiezo posterior alguno. Y esos agentes que sí han conseguido escapar gracias a la ayuda de los Rambouillet —se adelantó Pitzer a la sugerencia de Brigitte— llevaban unas informaciones tan importantes y en ocasiones mucho más que las que portaban los tres agentes que han desaparecido.

—Entiendo, entiendo. De todos modos…, ¿no les parece conveniente prescindir ya de los Rambouillet?

—Se ha pensado en eso —admitió Pitzer—. Pero la certidumbre de que son leales está posponiendo tal decisión… Sería como matar la gallina de los huevos de oro. Creemos que lo que ocurre, sea lo que fuere, es ajeno a los Rambouillet.

—Entonces…, ¿por qué me ha hablado a mí, de ellos? ¿No habría sido mejor que yo ignorase su existencia y, simplemente, fuese a Viena a emprender investigaciones en otra dirección?

—Con un agente corriente, se habría hecho así. Pero a la agente Baby, cuando se la envía a un lugar, se la informa de todas las características de ese lugar. Dejamos a su criterio que haga o no contacto con los Rambouillet. Pero si llegase a necesitarlos, ahí los tiene: Negerlegasse, 21, teléfono 26 25 72, Viena, Austria.

—Muy agradecida.

De nuevo era irónico el tono de Brigitte. Y Pitzer lo comprendió;

pese a sus palabras, la CIA había enviado a la agente Baby a diversos lugares sin darle tan completas explicaciones, y, no pocas veces, incluso engañándola respecto al objetivo final que perseguían los directivos de la Central. Engaños que, ciertamente, jamás habían prosperado.

—La estarán esperando en Viena… Y usted decidirá, en su momento, si hay que dar o no la orden de una ofensiva general… Ya hemos tenido demasiada paciencia, en estos tiempos de espionaje de guante blanco. Si a nosotros nos matan agentes, nosotros vamos a…

—Deséeme feliz viaje, tío Charlie —cortó Brigitte, seca.

—Sí —Pitzer parpadeó—. Y mejor retorno.

—¡Qué amable es usted con los espías…!

Capítulo II

Pero, contrariamente a lo que había asegurado Charles Pitzer, nadie la estaba esperando cuando llegó al aeropuerto de Viena, el Schwechat, así que tuvo que comprender que algo iba mal, o podía ir mal de un momento a otro.

En definitiva, con escala en París, la señorita Montfort llegó finalmente a Viena, hacia las diez de la mañana, y se encontró sola, sin nadie a quien acudir en el aeropuerto. Ya recogido su equipaje, estuvo esperando en la gran sala encristalada, fumando con aspecto indiferente un par de cigarrillos. Después de media hora, tuvo la certeza de que ningún *Simón* aparecería por allí, y, puesto que había dejado marchar el coche de línea que la llevaría a la terminal aérea de la ciudad, tomó un taxi para salvar aquellos dieciocho kilómetros.

Y puesto que había tomado un taxi, pensó que no tenía por qué ir a la terminal, sino directamente a un hotel. Aunque…, ¿no podría ser que la estuviesen esperando en la terminal en lugar de en el mismo aeropuerto? En cuyo caso, el *Simón* encargado de recibirla debía estar no poco preocupado por la no comparecencia de Baby.

Ya acomodada en el taxi, habló al conductor en perfecto alemán:

—Por favor, lléveme a la terminal; tengo que recoger un encargo allí.

—Muy bien, señorita.

Veinticinco minutos más tarde, Brigitte Montfort llegaba a la terminal, a Viena. Dejó al taxi esperando, tomó su maletín rojo con florecillas azules con la mano izquierda, y entró en el edificio, caminando sin prisas de un lado a otro, como desconcertada.

Nadie se acercó a ella.

De modo que, ya muy preocupada, recurrió a la última posibilidad. Fue a los lavabos, se encerró en una de las cabinas, y

sacó del maletín la pequeña radio, ya preparada para la onda de Viena. Apretó el botoncito…, y no tuvo tiempo ni de abrir la boca.

—¿Baby? —sonó una voz.

—*Simón* —susurró la espía—, ¿qué está ocurriendo? Según entendí, debían estar esperándome.

—Lo lamento de veras. ¿Está usted bien?

—Sí, sí. Pero… Bueno, ¿y ustedes?

—También, no se preocupe. Recibimos órdenes de ir a esperarla, desde luego, pero nos ha parecido mejor no hacerlo, en bien de usted misma. Viena está ardiendo.

No era así de un modo exacto, por supuesto, ya que la hermosa ciudad no corría peligro alguno en ese sentido. Pero la expresión, entre espías, no podía ser más clara: una gran tensión entre los profesionales del espionaje, que podía convertirse en lucha declarada en cualquier momento.

—¿Tan mal están las cosas?

—¿Mal? Están pésimamente. Viena se ha convertido en una jaula llena de rusos, alemanes, franceses, británicos, italianos, polacos, húngaros… ¡Yo qué sé! Andamos todos con pies de plomo, pero aun así, no nos atrevemos ni a estornudar. Está todo mal, mal, muy mal, de veras.

—Pues no lo entiendo. Deberíamos ser nosotros los que estuviésemos molestos, ¿no le parece? Al fin y al cabo, somos los que estamos preparando la ofensiva, puesto que ha sido a nosotros a quienes nos han eliminado a tres hombres.

—Toda la lógica para usted —aceptó *Simón*—. Pero la realidad es la que yo le digo. Si no encontramos pronto una solución pacífica, aquí se va a armar una buena escabechina. En fin, considerando como están las cosas, hemos preferido que no la viesen con ninguno de nosotros, para tenerla apartada del fuego, usted me entiende. Y tampoco hemos querido llamarla por la radio a partir de la hora de llegada de su avión, por si la comprometíamos… Esperábamos su llamada, por tanto. Y sus órdenes.

—Mis órdenes… Bueno, *Simón*, van a ser muy simples, y fáciles de entender: no hagan nada.

—¿Que no hagamos nada? Pero… tenemos entendido que usted ha venido a Viena a dirigir la ofensiva, y que…

—Me parece que han entendido mal. Yo he venido a Viena a solucionar el asunto, no a dirigir ninguna matanza. Le voy a hacer una pregunta, *Simón*, y usted tendrá que contestar simplemente «sí» o «no», sin hacer luego ninguna pregunta. Sí o no, eso es todo. Y ésta es mi pregunta: ¿alguno de ustedes sabe lo que es el *Strong Secret. Point*?

—No.

—Bien. ¿Habla usted francés?

—Sí, desde luego.

—Estupendo. Dentro de media hora, preséntese usted en el Capricorno Hotel, hablando en francés, y preguntando por la señorita Montfort. Es el nombre que estoy utilizando.

—Entiendo. ¿El Capricorno…? Sí, está en la Schwedenplatz, ¿no es eso?

—Exactamente.

—Bien. Mmm… Bueno, ¿le importa que no sea yo quien vaya a verla?

—¿Por qué?

—Francamente, prefiero no salir a la calle. Por dos motivos. Uno de ellos, que temo que se decidan a matarme: soy muy conocido en Viena, ya sabe lo que pasa.

—Sí, sí. Me parece un excelente motivo. ¿Y el otro?

—Pues que si me matan a mí, usted sería la primera en comenzar a preparar la ofensiva, con lo cual, sin querer, yo mismo habría estropeado sus planes iniciales para terminar esto pacíficamente.

—*Simón*, usted es de los espías que me gustan.

—Gracias. Le voy a enviar a un muchacho que parece, cualquier cosa menos espía, y que ha llegado estos días desde Estocolmo, para unirse al grupo. ¿Le parece bien?

—Sí, por supuesto. Que traiga una cámara fotográfica.

—De acuerdo. Bueno, lamento no haber podido esperarla, y conocerla, por tanto, pero…

—Todo llegará, *Simón*. Adiós.

—Bien venida a Viena.

La señorita Montfort cerró la radio, la guardó, y un minuto después salía de la cabina higiénica.

Puesto que el Capricorno Hotel estaba muy cerca de la terminal,

tenía tiempo de sobra de instalarse en él y esperar la llegada del muchacho de Estocolmo.

—¿Señorita Montfort?

Brigitte asintió con la cabeza, sin poder contener una sonrisa. Bueno, allá tenía al muchacho de Estocolmo, alto como el Empire State Building, o poco menos; rubio, desgarbado, desaliñado. Y en realidad no era rubio, sino casi albino. Su rostro estaba lleno de pecas, y tenía la boca grandísima, sonriente. También sus ojos de un extraordinario azul celeste sonreían, fijos en la hermosa mujer que había abierto la puerta de aquella habitación en el Capricorno Hotel.

—Sí —dijo por fin Brigitte—. ¿Qué desea?

—Me llamó *Simón*. Entiendo que usted precisa los servicios de un fotógrafo, señorita Montfort.

Movió el hombro izquierdo, del cual pendía una cámara fotográfica en su funda, por medio de una correa. Brigitte tuvo que pensar que si aquella cámara caía, al llegar al suelo se haría añicos, tal era la distancia que tendría que recorrer.

—Pase, por favor.

El larguísimo espía entró, bajando la cabeza para evitar el choque contra el dintel de la puerta. Ella la cerró, se volvió, y tuvo que mirar hacia arriba, forzando el cuello.

—La verdad es que a mí también me molesta ser tan alto —dijo Simón-Estocolmo—, pero no puedo evitarlo. Hubo un tiempo en que pensé recortarme un poco las piernas, pero las garantías que me ofreció el cirujano encargado de ello no me convencieron.

—Me parece que a mí tampoco me habrían convencido —rió la divina espía—. Vamos a sentarnos, y así estaremos más cómodos…, y a mí no me dolerá el cuello. Usted es la clase de hombre que todo el mundo ve en todas partes, haga lo que haga: su cabeza tiene que sobresalir por encima de todas, inevitablemente.

—También pensé en cortarme la cabeza —sonrió Simón—, pero entonces no habría podido peinarme, así que deseché la idea.

—Bien hecho —volvió a reír ella, sentándose y señalando un sillón delante del suyo—. ¿Cómo van las cosas por Estocolmo?

—¡Oh, por allí están bien! Quiero decir que todo está normal, tranquilo… Lo corriente. Por eso han podido prescindir de mí, que

soy el mejor elemento.

—¡Oh!

—Sí. Aquí donde me ve, a pesar de ser tan llamativo y parecer un angelito, soy más bien irritable, y en cuanto a mi estatura, me las arreglo para que piensen de mí cualquier cosa menos que soy un espía. Todos piensan que ningún servicio secreto sería tan imprudente de contratar a un tipo tan vistoso, así que…

—Entiendo, entiendo. A mí me pasó algo parecido: habían muchas dudas respecto a admitirme en la nómina de la CIA, debido a que también soy muy llamativa. Usted comprenda: tan hermosa, tan elegante, con estos ojazos tan espléndidos, más bien alta… Se me ve demasiado. Sin embargo, me encargaron el primer trabajo importante, lo resolví, y ahora la CIA no es nada sin mí.

—Je, je —rió Simón—. ¡Convencido! ¡Usted es Baby! Me siento honradísimo de conocerla.

—Naturalmente —asintió, con placidez Brigitte.

Simón volvió a reír, descolgó la cámara fotográfica de su flaco hombro huesudo, y alzó las cejas.

—¿Qué hay que fotografiar?

—A mí.

—¿De veras? Bueno, estupendo… ¡Estupendo! ¿Tendría usted inconveniente en que yo me quedase una copia para mi álbum familiar?

—Ninguno. Pero antes, déjeme arreglarme un poco.

—¿Arreglarse? ¡Pero si está magníficamente así!

—¿De veras se lo parece, Simón?

El espía parpadeó, contemplando a la bellísima mujer un tanto desconcertado. Bellísima, elegante, juvenil, radiante…

—Estoy convencido de ello.

—Es muy amable. Pero, de todos modos, me arreglaré. Vaya preparándolo todo. Quiero un par de fotos para carnet corriente.

—*Okay*.

Brigitte entró en el cuarto de baño, y *Simón* se dedicó a hacer sus cálculos fotográficos, posición, luz, distancia… Era una máquina excelente, y no iba a tener la menor dificultad. Terminó muy pronto, volvió a sentarse, y encendió un cigarrillo…

Cinco minutos después, volvió la cabeza hacia el cuarto de baño al oír salir a Baby.

Y del salto que pegó del sillón, casi se dio de cabeza contra el techo, mientras el cigarrillo escapaba de sus labios y la cámara fotográfica de sus manos… Quedó de pie por fin, boquiabierto, estupefacto, contemplando a Baby.

¿O no era Baby?

Tenía motivos sobrados para dudarlo, porque, si bien el cuerpo era el mismo, tan sugestivo y espléndido, la cabeza no correspondía, en modo alguno, a la señorita Montfort. En lugar de aquella hermosa cabeza, provista de una boquita sonrosada, ojazos azules y largos cabellos negros, había otra, que correspondía a una ancianita de alrededor de setenta años, cuyos cabellos eran blancos, cuya boca estaba lógicamente ajada, y cuyos ojos, tras los cristales de los lentes, destellaban apagadamente.

—Pe… Pe… pero… Pero usted…

—Ya le dije que tenía que arreglarme —sonrió la anciana—. Y «arreglar» no siempre significa mejorar, sino «componer», «reparar», «preparar»… Cosas así. ¿Dónde me pongo?

Simón-Estocolmo consiguió sonreír, por fin, admirado, y señaló el lugar elegido. Cuando terminó de tomar media docena de fotografías, sugirió:

—¿Quiere que les haga unos retoques para rejuvenecerla?

—No —rió Brigitte—. ¡Claro que no!

—Sería un trabajo en verdad artístico. ¿Qué hago con las fotografías cuando estén listas?

—Las ponen en una documentación sencilla, a nombre de Annette Simonet, anciana señora dedicada a cualquier clase de beneficencia en esta ciudad. En alemán, *Simón*. Hecho esto, me envían dicha documentación al hotel, a nombre de la señorita Montfort.

—Se las traeré yo mismo…

—¡No! A usted no quiero verlo más por aquí. Que las traiga otra persona, a ser posible, ajena al espionaje. Estoy segura de que Simón I resolverá ese problema.

—Por supuesto. ¿Algo más?

—Por ahora, no.

—Entonces —Simón-Estocolmo se inclinó y besó la arrugada frente de la anciana—, hasta la vista, abuelita.

Y se marchó dejando muy sonriente a la mejor espía del mundo.

Irene Rambouillet se quedó mirando amablemente a la anciana que, a su vez, la contemplaba con amable expresión, apoyada en un bastón con empuñadura de plata con la mano derecha, y sosteniendo en la izquierda un maletín forrado de raso negro.

—Diga usted… —murmuró.

—¿Señora Rambouillet?

—Sí, en efecto.

—Me llamo Annette Simonet, señora. Pertenezco a la Asociación Austríaca de Orientación Moral en Viena. Con su permiso, voy a mostrarle mi documentación… Debo llevarla en el bolso, desde luego…

Con cierta torpeza, y haciéndose un lío con el maletín, el bastón y las propias manos, Annette Simonet consiguió sacar por fin un gastado carnet, que mostró a Irene Rambouillet, la cual parpadeó, y asintió con la cabeza.

—Sí, bien… ¿Qué desea?

Annette Simonet sonrió bondadosamente.

—Nuestra asociación ha efectuado una especie de… selección de personas residentes en Viena a las que consideramos en situación de ayudamos. Y los Rambouillet forman parte de esa selección.

—¡Ah! ¿Qué clase de ayuda esperan de nosotros?

—Pues… básicamente, económica, señora. Pero estamos dispuestos a aceptar cualquier clase de ayuda que pueda servir a nuestras benéficas intenciones.

—En principio —sonrió Irene Rambouillet—, usted viene a pedir dinero, ¿no es así?

—Sí —se turbó Annette Simonet—. Sí, sí. Pero, señora, no existe obligación alguna por parte de ustedes en…

—Pase, por favor.

—Gracias.

Irene Rambouillet se apartó de delante de la puerta, y la visitante entró, con pasito menudo, gracioso, un tanto indeciso, muy acorde con su avanzada edad. Mientras tanto, miraba a su alrededor, con gesto aprobativo.

—Qué hermosa casita tienen ustedes, *frau* Rambouillet.

—Es pequeña, pero confortable —quedó complacida Irene.

—Y el jardín es precioso… Sí, quizá todo es un poco pequeño, pero delicioso. Y para dos personas no creo que haga falta más.

—Con nosotros vive otra persona, *frau* Simonet. Pero también para tres la casa es suficiente, en efecto. ¿Tiene la bondad de esperar aquí un minuto? ¡Oh, pero siéntese, por favor…!

—Gracias.

Annette Simonet ocupó una butaquita en el vestíbulo, sonrió disculpando la breve ausencia de la dueña de la casa, y ésta desapareció al otro lado de la puerta cristalera, dejándola sola, en aquel lugar tranquilo, silencioso, romántico… Sí, romántico. Tenía algo de romántico, aquella casa. Algo que sugería… tiempos viejos y amables, música de vals, vestidos largos, vaporosos… Sí. Era como si de un momento a otro allí dentro fuese a oírse música de vals.

«Pues no me sorprendería —pensó Annette Simonet, sonriendo duramente—, a fin de cuentas, estoy en Viena…».

La doble puerta cristalera se abrió, y apareció Irene Rambouillet.

—Venga, por favor, *frau* Simonet.

Annette se puso en pie, siempre con sonrisa amable, agradecida. Al otro lado de la doble puerta había un vestíbulo más grande, que hacía de distribuidor de las distintas habitaciones de la planta baja. A un lado, una escalera ascendía, con leve curva, hacia el piso alto, donde, sin duda, estaban los dormitorios. Sí, señor…; de un momento a otro podía sonar allí música de vals. Y sería como retroceder muchos años. Treinta, cuarenta… Quizá más.

Irene Rambouillet mostraba una puerta abierta, y Annette cruzó el umbral, siempre tímida, correcta, un poco turbada. Pareció turbarse aún más cuando el hombre acudió hacia ella, con gesto amabilísimo y muy cortés.

Naturalmente, Oscar Rambouillet. Como Irene, parecía un poco más viejo que en las fotografías, cosa lógica, pues éstas debían haber sido tomadas hacía tiempo, quizá dos o tres años antes. Vestía corrientemente de calle, pero, en lugar de la chaqueta, llevaba un hermoso batín corto, de color granate, Por detrás de él, Annette vio la chimenea, encendida pese a que en la casa había una adecuada calefacción. Había mullidos sillones, muchos libros en sobria biblioteca, cuadros, alfombras gruesas… Y un piano.

Tremendamente romántico, antiguo, sedante. Si alguien buscase en todo el mundo un lugar donde tocar el piano en paz, leer en el más denso silencio, o escuchar música en el viejo gramófono que

había sobre una mesita antiquísima, aquel saloncito era el más indicado.

Y, sin embargo, la agente Baby no podía olvidar su sospecha persistente de que, por fin, estaba ante los dos viejos espías que estaban asesinando agentes de la CIA.

Capítulo III

—Soy Oscar Rambouillet, *frau* Simonet —se presentó el viejo espía —. Mi esposa me ha informado del propósito de su visita.

—Gracias por recibirme, *herr* Rambouillet.

—¡Oh!, los Rambouillet estamos siempre dispuestos a colaborar en cualquier cosa buena, se lo aseguro. Por favor, siéntese… ¿Tomará usted café?

Annette se sentó, y entonces lo hicieron los Rambouillet, delante de ella, juntos en el sofá. Romántico. Muy romántico.

—Se lo agradezco, pero hace ya años que tuve que prescindir del café, *herr* Rambouillet. Prefiero dormir.

—¡Ah, entiendo! Bien… Pero me gustaría ofrecerle algo.

—Pues…, ya que es usted tan amable, creo que una copita de coñac me… me sentaría muy bien. ¡Sólo lo tomo en ocasiones!

—Desde luego —casi rió Oscar—. Por favor, Irene, ¿serás tan amable…? Y otro para mí.

—No deberías beber coñac, Oscar —murmuró dulcemente su esposa.

—Mujer… Una copita… Como *frau* Simonet, yo sólo lo tomo en ocasiones, lo sabes muy bien.

—Tu estómago no te lo agradecerá, querido.

—¡Oh, mi estómago…! ¡Que se fastidie! Además, hace ya mucho tiempo que no me causa molestia alguna.

—Porque no bebes coñac.

—Vaya, Irene, mi amor…

—Te serviré un poco… con soda.

—¡Con soda! —se lamentó Oscar Rambouillet.

—Está bien —suspiró Irene—. Te lo serviré solo. Tendré paciencia cuando esta noche no puedas dormir ni me dejes dormir a mí.

—No, no —murmuró él—. Creo que tienes razón; con soda.

—Gracias, querido.

—A ti, mi amor.

Annette Simonet miraba de una a otro, sin un parpadeo, fijamente, inexpresivo el rostro. ¿No era encantador aquel cúmulo de delicadezas, de concesiones, de amabilidades…?

—¿Usted también con soda, *frau* Simonet? —preguntó Irene.

—Bueno… Sí, sí, claro…

—De ninguna manera —protestó Oscar—. Es un detalle muy delicado por su parte, pero no admito ese innecesario sacrificio, *frau* Simonet. Si su estómago y su salud en general le permite tomar coñac solo… en ocasiones, por favor, hágalo.

—A decir verdad —sonrió Annette—, mi estómago, gracias a Dios, todavía lo soporta todo. Creo que es lo único que todavía se mantiene joven en mi cuerpo. ¿No es sorprendente? El café me quita el sueño, tengo las arterias un poco pesadas ya, mi vista es bastante deficiente desde hace años, mis articulaciones parece que estén a punto de romperse en muchas ocasiones…, pero mi estómago podría digerir una bala de cañón.

—La envidio —rió Oscar—. A mí me ocurre lo contrario, estoy estupendamente en general, pero mi estómago parece de papel. En fin, no se puede tener todo en la vida.

—Ciertamente. Pero, en su caso, *herr* Rambouillet, opino que no debería quejarse. Todo en esta casa, ustedes mismos, dan una sensación de… bienestar, de felicidad. Privarse del coñac creo que es un mal menor, como la noche del aldeano.

—¿Perdón? —se sorprendió Oscar—. No entiendo…

—Me refería al aldeano que lloraba porque se había puesto el sol, al que tanto amaba. Y cuando estaba en lo más intenso de su llanto, con el rostro lleno de lágrimas…

—… ¡Se le acercó el poeta, y le dijo: «No llores porque se ha ido el sol, pues las lágrimas te impedirán ver las estrellas»! ¡Eso es de Rabindranath Tagore!

—En efecto. ¿Les gusta la poesía a ustedes?

—¡Naturalmente! A nosotros nos encanta todo lo bello. Y, *frau* Simonet, me ha convencido usted. Irene, querida, nada de coñac… ni siquiera con soda.

—Bueno, *herr* Rambouillet, no era mi intención…

—No insista —se acercó Irene, tendiéndole una copita a Annette —. ¡Todavía podría volverse atrás!

Oscar Rambouillet se echó a reír, su esposa le imitó, y, finalmente, Annette Simonet tuvo que reír, también…, mientras tras los redondos cristales de los lentes, sus ojos iban de un lado a otro, comenzando a expresar una cierta perplejidad.

Probó un sorbito de coñac, y abrió mucho los ojos.

—¡Oh!

—Delicioso, ¿no es cierto? —refunfuñó, simpáticamente, Oscar —. Francés, desde luego.

—Bien seguro, *herr* Rambouillet, este coñac sólo puede proceder de Francia. Seguramente, como ustedes.

—¿Nosotros? —se sorprendió Irene.

—Bueno, el apellido… Me ha parecido… Creo que Rambouillet es un apellido francés. También el mío, Simonet, tiene ese origen. Y precisamente por eso fui elegida yo para visitarles a ustedes… Espero no haberles molestado, y no lo digo por su posible contribución a nuestros propósitos, sino porque… Bien, me parecen ustedes dos personas… encantadoras.

—Es usted muy amable —murmuró Oscar—. Y no nos ha molestado. Respecto al motivo de su visita, pues… nos gustaría que nos lo explicase un poco más concretamente.

—Sí, con mucho gusto, *herr* Rambouillet. Como le he dicho a su esposa, pertenezco a la Asociación Austríaca de Orientación Moral en Viena. Mi carnet…

Se dispuso a abrir de nuevo su maletín, pero Oscar la atajó con un gesto, y una frase amable:

—Por favor, no se moleste.

—Gracias. Bien, como su propio nombre indica, la asociación se ha propuesto… reestructurar la moral de algunos de nuestros vecinos, generalmente jóvenes, cuyo sistema de vida no nos parece el más… adecuado. Viena debe ser una ciudad limpia en todos los sentidos, y hemos pensado…, nos hemos propuesto conseguirlo. Como ustedes saben, cierto sector de la juventud…

—¿Nos va a hablar de drogas, pornografía, delincuencia, y cosas así, *frau* Simonet? —cortó suavemente Irene.

—Pues… sí. Sí, en efecto, *frau* Rambouillet. Pensamos orientar a ese sector de juventud, y estamos seleccionando un grupo de

médicos, consejeros, psiquiatras… Todo esto, naturalmente, ocasiona una serie de gastos que…

—Cuenten con nosotros.

—¡Muchas gracias! Quisiera explicarles…

—No es necesario, *frau* Simonet. Ya hemos entendido muy bien esos proyectos, y nos parecen admirables. ¿No es cierto, Oscar?

—Sin la menor duda —asintió Rambouillet—. ¿Le parece bien a usted veinte mil chelines, *frau* Simonet?

—¿Cu… cuánto…? —respingó Annette.

—Veinte mil chelines —sonrió Oscar.

—Pe… pero, *herr* Rambouillet, es… es demasiado… No pretendemos en modo alguno trastornar la economía de nadie, y…

—¡Tonterías, *frau* Simonet! Podemos contribuir con esa cantidad, y lo haremos.

—Bien… ¡No sé qué decir! Su generosidad…

—Dentro de algunos años —sonrió, bondadosamente, Irene—, es muy posible que ni usted ni nosotros estemos para verlo, *frau* Simonet, pero, a menos que todos hagamos algo, la cosa acabará muy mal. Hay que poner remedio cuanto antes, porque si no lo hacemos, los jóvenes que todavía están… sanos moralmente, también se perderán. Y la próxima generación, sería peor. Y peor, y peor… Opino, y creo que mi esposo me dará la razón, que los jóvenes merecen lo mejor que podamos darles los viejos.

—Exactamente —dijo Oscar—. De todos modos, no hay que desesperar: tengamos fe en la juventud, porque ellos saben muy bien qué es lo que quieren y adónde van, aunque nosotros no los comprendamos del todo.

—Herr Rambouillet —murmuró Annette—, ojalá todas mis visitas den el mismo resultado que ésta. Y ojalá que el hijo de ustedes sea dé los que no necesitan nuestros… ¿Qué…, qué ocurre…?

Se quedó mirándolos, de nuevo turbada, desconcertada. Los Rambouillet habían perdido de pronto su jovial entusiasmo, su gesto decidido y alegre. En ambos rostros había aparecido una expresión que sólo podía definirse como sombría.

—No ocurre nada, *frau* Simonet —susurró Oscar—, excepto que nosotros no tenemos ningún hijo.

—¡Oh…! Yo… Perdónenme… Pe… pero como *frau* Rambouillet

me… me dijo al recibirme que vivía con ustedes otra persona…

—Hermann Pfolzer, nuestro único sirviente. Y amigo. En realidad, casi forma parte de… de nuestra reducida familia.

—Sí… Sí, comprendo. Bueno, al no verlo, no podía saber que…

—No tiene importancia —suspiró Oscar—. Ninguna importancia, *frau* Simonet. Le extenderé ahora mismo el cheque.

—No…, no hay ninguna prisa que…

—Tampoco hay por qué esperar.

Oscar Rambouillet abrió un cajoncito de la librería, y bajó un panel, sobre el cual extendió y firmó el cheque, bajo la, al parecer, tímida y preocupada mirada de Annette Simonet, que se dio perfecta cuenta del temblor de las manos de Oscar. Y mirando de reojo a Irene, se dio cuenta de su expresión ausente, la innecesaria fuerza con que apretaba una mano contra otra…

—Aquí lo tiene —tendió Oscar.

—Gracias… Gracias. No se me ocurre otra cosa. Y perdonen si en algo… Por favor, perdónenme.

—Está perdonada. Esperamos noticias de usted, *frau* Simonet, respecto a los resultados de la asociación con esos pobres muchachos. Siempre será grato recibir su visita.

—Gracias, muchas gracias…

—A usted. Somos dos pobres viejos solos, y recibir la visita de una persona de nuestra edad, tan correcta, y de tan buenos sentimientos, nos ha complacido. ¿No es cierto, Irene, querida?

—Desde luego. Vuelva algunas tardes, *frau* Simonet… A Oscar le gustará tocar el piano para usted. Es un magnífico pianista.

—Vamos, vamos, Irene… —enrojeció Oscar.

—De verdad lo es —sonrió Irene—. Pero también es muy modesto. ¿Volverá pronto, *frau* Simonet?

—Temo…, temo que durante un par de semanas voy a estar tan ocupada con esto de las visitas…

—¡Oh, claro…! Naturalmente. Vuelva cuando guste. Y si necesitan más dinero, acuérdense de nosotros. Dinero, o lo que sea.

—Sí… Tenemos… intención de pedir… la colaboración personal de personas adecuadas, como iba a decirle al llegar… Por supuesto, ustedes encabezarán mi lista… Bien, creo que debo marcharme ya. Todavía me quedan muchas visitas…

—Le voy a hacer un regalo, *frau* Simonet —sonrió Oscar.

—¿Sí?

Oscar Rambouillet tomó la botella de coñac, separó dos páginas de un periódico, la envolvió con ellas, y la tendió a la petrificada Annette Simonet.

—Espero que Su estómago lo resista de verdad —sonrió.

—Pe… pero *herr* Rambouillet, no… no debe usted…

—Le ruego que la acepte. Así, tengo la satisfacción de haber hecho un caluroso regalo…, y evitaré caer en la tentación de hacerle pasar una mala noche a mi esposa: no se la merece.

—Sí, sí, se lo suplico —exclamó Irene—. ¡Acéptela, *frau* Simonet!

—Pe… pero es que…

—Por favor —insistió Oscar—. Puede usted tomar una copita de cuando en cuando. Además, al ver la botella, se acordará de nosotros, y se decidirá a visitarnos. Aunque no toco el piano tan bien como dice mi esposa, no lo hago tampoco mal… ¿Le gusta la música, *frau* Simonet?

—Más que nada en el mundo. A decir verdad, yo… toco un poco el violín, *herr* Rambouillet.

—¿De veras? —exclamó Oscar—. ¡Pero esto es magnífico! Mi esposa toca la flauta, *frau* Simonet… ¡Y ella sí que sabe cómo hacerlo! ¡Un piano, un violín y una flauta…! ¿Acaso se puede pedir más? ¡Naturalmente, usted no va a negarse a venir muchas tardes a tocar con nosotros, *frau* Simonet!

—Pu… pues…

—¡Sería tan agradable! Y a veces nos sentimos tan solos, *frau* Simonet… Tan solos… ¿Nos promete venir? ¿Sí? Tenemos cientos de partituras de lo mejor del mundo: Bach, Mozart, Strauss, Haendel, Beethoven, Humperdinck… ¿Vendrá?

—Vendré —murmuró Annette—, prometido.

Dos minutos más tarde, Annette Simonet abandonaba la casa de los Rambouillet en el 21 de la Negerlegasse. La Negerlegasse es una callecita tranquila y amable, entre la Lilienbrunngasse y la Taborstrasse, de modo que habría sido muy fácil de vigilar de no ser por la Schoellerhofgasse, que la divide en dos y la une, por la parte inferior, con la Gredlerstrasse…

Otro minuto más tarde, Annette entraba en el coche estacionado en la Taborstrasse, sentándose ante el volante y quedando muy,

muy pensativa… Y diciéndose una vez más que nunca hay que precipitar juicios, ni dejarse guiar por las apariencias…, aunque parezcan incluso evidencias.

«No —se dijo—. No pueden ser ellos. Pero… ¿y el sirviente-amigo, ese Hermann Pfolzer? Tío Charlie no me habló de él, no tenía ni idea de su existencia… Tengo que arreglármelas para conocerlo cuanto antes. Pero ellos no son, no… Aunque…».

Abrió el maletín forrado de raso negro, y sacó lo que parecía una radio a transistores…, pero que no emitió programa público después que ella hubo manipulado sus mandos. Lo que brotó de aquel aparato fue la propia voz de Annette Simonet, y la de los Rambouillet, gracias al micrófono que había dejado oculto en el sillón apenas sentarse, y la grabación efectuada por el aparato de radio. Hizo pasar la cinta hasta el momento en que se había despedido de los Rambouillet en la puerta, y colocó la marcha de reproducción. Se oyó la puerta al ser cerrada, como un sonido lejano. Luego, los pasos de los Rambouillet, acercándose al micrófono, es decir, entrando en el salón del piano…

Luego, las voces, claras, nítidas, siempre en perfecto alemán…

«—… En el listín, pero ya verás como todo es cierto, querida.

»—Seguramente, pero no perdemos nada llamando. Yo lo buscaré».

El micrófono dejado en el sillón era tan sensible que Annette Simonet incluso oyó el pasar de las hojas del listín telefónico, mientras sonreía un tanto duramente.

Por fin, de nuevo la voz de Irene Rambouillet:

«—No está.

»—No debes haber buscado bien. Yo lo…

»—Oscar, no está. Si esa Asociación Austríaca de Orientación Moral estuviese en el listín, la habría encontrado. No está.

»—Bueno, mujer, no importa. Seguramente es nueva, o está por otro nombre. *Frau* Simonet debe representar a alguna filial, o algo parecido. ¿No has visto sus ojos?

»—Sí, querido, pero…

»—Nadie nos va a enseñar a identificar a las personas por los ojos. Y eso es lo que vale. *Frau* Simonet es una persona bondadosa, y eso es todo.

»—Si tú lo dices… Tiene unos ojos muy bonitos, ¿no te parece?

Son azules, muy azules… Y en algunos momentos me han parecido… Dirás que es una tontería, pero sus ojos me han parecido… juveniles. Sí, juveniles y muy bonitos.

»—¿Por qué te sorprendes? Tú también tienes así los ojos, mi amor: juveniles y bonitos. Más que los de *frau* Simonet… Y eres indiscutiblemente más joven…

»—Oscar, no seas tonto… ¡Suéltame!

»—¿Por qué he de soltarte? Estamos solos… Siempre tan solos, Irene… Hermann está en el cine, y nadie turba nunca nuestra paz, nuestra soledad…

»—Oscar…

»—Perdona… Y no te entristezcas… No ganamos nada con ello, mi amor. Nada. Siempre hay que sobreponerse, siempre hay que seguir adelante con la vida… Sin tristezas. Voy a poner un vals para nosotros solos.

»—No, no…

»—Sí. Estamos tú y yo, tenemos un vals… Eso también es importante, Irene, mi amor. Ven… Pongamos un vals, y bailemos… Otra de las cosas que nos quedan: el vals. ¿Por qué desperdiciarlo? Irene…, Irene, no llores, te lo suplico… No llores, mi amor; bailemos… Sólo bailemos el vals…».

Se oyó, también, un profundo suspiro, luego unos segundos de silencio, antes del sonido levísimo de la aguja del gramófono deslizándose por los surcos previos del disco. Luego, la música, el vals…

Annette Simonet detuvo la marcha del receptor grabador, y se quedó mirando el aparato, parpadeando. Desconcertada, pero, básicamente, sin saber por qué, impresionada. Impresionada hasta la congoja, porque había algo realmente acongojante en aquello, algo de una tristeza profunda y sin límites. ¿En verdad tío Charlie no se había equivocado? ¿No estaban equivocados en la Central de la CIA? ¿Aquellas dos personas formaban el Punto Fuerte Secreto de Viena?

Pero, en definitiva, una cosa sí era cierta: tres agentes de la CIA, tres Simones, habían desaparecido allí, en Viena, dos de ellos después de haber pedido ayuda a los Rambouillet. Y ellos aseguraban que se la habían prestado, y que del tercero no sabían nada…

Sacó la radio de bolsillo, y apretó el botoncito.

—¿Simón? —susurró.

—Diga.

—Consígame un violín.

—¿Qué?

—Un violín: viejo, pero en perfecto estado, bien cuidado. Y póngale unas iniciales en oro, convincentemente viejas y gastadas: una «A» y una «S».

—Bien… Un violín. De acuerdo. ¿Algo más?

—No. Téngalo preparado para cuando se lo pida, *Simón*.

—Descuide: nos vamos a ocupar de eso, ahora mismo… ¿Cómo van las cosas? Estamos todos intrigados respecto a sus actividades, francamente.

—Pues mis actividades, ya las sabe usted: voy a dedicarme a tocar el violín.

—¿Va a dedicarse a…? ¡Vamos, vamos…!

—No es broma. ¿Qué otra cosa mejor se puede hacer en Viena?

Sonriendo, Annette Simonet cortó la comunicación, guardó la radio, y puso en marcha el coche, despegándose del bordillo tras asegurarse de que no llegaba por detrás otro vehículo.

No llegaba ninguno.

Es decir…

El ceño de la aristocrática anciana vestida de negro se frunció. Un coche acababa también de salir al centro de la calzada, desocupando su estacionamiento junto al bordillo, a unos sesenta metros de distancia… Por supuesto que la vista de la falsa anciana era excelente, de modo que, pese a que oscurecía ya, pudo ver a un hombre al volante. Un hombre solo. Nadie más.

«Seguramente, es casualidad», pensó.

Capítulo IV

Tan sólo cinco minutos más tarde, había desechado por completo toda esperanza respecto a la casualidad: aquel coche iba tras ella. Y la cosa era inquietante, porque el hombre que lo conducía sabía muy bien lo que estaba haciendo. Era todo un veterano en aquellas cuestiones, y *frau* Simonet tuvo que admitirlo: si en lugar de seguir nada menos que a la agente Baby, aquel hombre hubiese seguido a un espía de poca categoría, la persecución habría sido perfecta.

Pero, después de tantos años de espionaje y de toda clase de jugadas a favor y en contra, la agente Baby no podía dejar de darse cuenta. Habría sido imperdonable.

«Muy bien —se dijo—. Tu actitud parece pacífica, colega, de modo que no habrán contratiempos. Sin embargo, me interesas tanto que vamos a dejar de hacer el tonto».

Otros cinco minutos más tarde, *frau* Simonet detenía el coche delante de un edificio en la Singerstrasse, cogía su maletín, y se apeaba, dirigiendo una velocísima mirada de reojo hacia atrás, para observar el otro coche, que, como correspondía a un espía de la categoría que parecía tener aquél, no se detenía, sino que continuaba su marcha, para doblar por la esquina de Blutgasse.

Sabía muy bien lo que iba a hacer aquel hombre: detendría el coche apenas doblar la esquina, se apearía, y retrocedería, a pie, para ver si ella entraba en el edificio ante el cual se había detenido. De modo que le dio tiempo para ello, entreteniéndose unos segundos, como si la cerradura de su portezuela estuviese estropeada, y le costase cerrarla.

Efectivamente.

A los pocos segundos, vio aparecer al hombre, con las manos en los bolsillos, y no mirando hacia ella, sino hacia la otra acera. Al menos, eso parecía…

Conteniendo una sonrisa, *frau* Simonet pudo por fin cerrar su coche, y entró en el portal de aquel edificio, con su pasito menudo, gracioso, algo temblequeante.

—Apuesto —sonrió una vez dentro del edificio— a que te estás preguntando qué papel juega una viejecita en todo esto, colega.

Subió un piso. Y allí, en el descansillo silencioso y solitario, *frau* Simonet procedió al velocísimo cambio de personalidad. Se quitó la peluca blanca, las ropas negras y pesadas, los gruesos zapatones… Ciertamente, si la puerta de algún apartamento de aquel piso se abría, alguien iba a llevarse una tremenda sorpresa al encontrarse a una joven haciendo *streptease* a solas, pero nada sucedió. En menos de cinco minutos, *frau* Simonet se colocó otra peluca, rubia, y el vestido de gruesa lana azul que había llevado debajo del negro. Del maletín sacó también unos zapatos más acorde con su nueva edad, y unas lentillas de contacto de color verde. Guardó todo lo demás en el maletín, retiró de éste la funda de raso negro, la guardó también, y sin más, comenzó a bajar las escaleras, portando en la manita izquierda el maletín, ahora rojo con florecillas azules estampadas.

Salió a la calle con gesto decidido, directa hacia la esquina donde suponía que debía estar atisbando su perseguidor. Y así era, en efecto. Lo vio en seguida, y él a ella, pero, el aspecto de *frau* Simonet había experimentado tal cambio que el hombre ni siquiera se molestó en disimular su interés por aquel edificio.

Mientras se acercaba a la esquina, la bella jovencita rubia examinaba atentamente al hombre: alto, atlético, sobrio en el vestir, facciones viriles y serenas, gesto inescrutable… Debía tener alrededor de treinta y cinco años.

«Clasificación A —pensó la espía, con la seguridad de acertar respecto a la categoría del hombre—. Ruso o polaco».

Pasó junto a él, dirigiéndole una maliciosa mirada de jovencita apta para todo, pero el hombre, simplemente, la ignoró, sin que su rostro se alterase en absoluto, fijos sus ojos en el portal del cual había salido la rubita… La cual, solamente dio dos pasos más, hasta colocarse a espaldas del hombre.

Entonces, giró velozmente, se colocó a su espalda, y metió la mano derecha en un bolsillo del grueso vestido.

—Dé la vuelta y vaya a su coche —dijo en ruso.

El hombre quedó como petrificado un instante. Luego, se volvió, lentamente, miró los ojos de la rubia, y después el abultado bolsillo del vestido. Parpadeó, asintió con la cabeza, y, siempre sin alterarse, comenzó a caminar hacia su coche, que, por supuesto, estaba detenido casi en la esquina.

—Entre por la portezuela que está junto al bordillo —siguió ordenando la rubia.

Era un tanto incómodo, pero el hombre obedeció, con gestos tranquilos, reposado en todo momento. La rubita entró tras él, con más agilidad, siempre controlándolo, ya con la pistolita de cachas de madreperla en la mano, bien visible.

—Vámonos de aquí.

El hombre volvió a asentir, puso en marcha el motor, arrancó, y volvió ligeramente la cabeza hacia ella.

—¿Americana? —preguntó amablemente, en ruso.

—Sí.

El hombre volvió a mirar hacia adelante, pero Baby vio perfectamente en sus ojos un destello de interés considerable. También se dio cuenta de que titubeaba, no decidiéndose a aceptar la idea que sin duda latía en su mente.

—Puede llamarme Anton —dijo, de pronto—. ¿Dónde quiere que la deje?

—Vayamos primero a un lugar donde podamos charlar tranquilamente —sonrió Baby—. ¿Sabe de alguno?

—Sé un lugar perfecto, pero dudo que usted acepte ir allá.

—Probemos. ¿Qué lugar es ése?

—Tengo alquilada una casita en Grünentorgasse. Es muy pequeña, y la ocupo yo solo.

—¿Tiene caviar?

—Lo siento —movió negativamente la cabeza Anton—, sólo bocadillos funcionales.

—¿Funcionales?

—Nada de sibaritismos. Cuando trabajo, como cualquier cosa, y sólo por necesidad. Ni siquiera tengo vodka. Vino, sí. Está invitada.

—Acepto.

De nuevo asintió Anton con un gesto de cabeza, mientras decía:

—Naturalmente, tengo una pistola. ¿La quiere?

—En el próximo semáforo.

Muy poco después, se detenían ante un semáforo en rojo, y el ruso sacó muy cuidadosamente su pistola, con dos dedos, colgando flojamente hacia abajo, y Baby se hizo cargo de ella.

—¿Por qué tanta docilidad? —sonrió.

—Si vamos a charlar tranquilamente, es mejor que uno de los dos sea dócil. Me ha tocado a mí. ¿Está en Viena por el asunto de los agentes desaparecidos?

Baby parpadeó, en verdad sorprendida.

—Sí… En efecto.

—Desagradable asunto, ¿verdad? —puso de nuevo el coche en marcha—. También a nosotros nos tiene muy… molestos.

—¿Quiere decir que en Viena han desaparecido también agentes de la MVD?

—Claro. ¿No han sido ustedes los causantes?

—No. La CIA es ajena a eso, Anton.

—Me alegro. A decir verdad, es lo que yo pensaba. ¿No le parece que esto tiene que ser cosa de los Rambouillet? ¡Está tan claro…!

—Me parece que no llegaremos a un acuerdo sobre eso.

—¿No? Bien… Usted debe saber lo que dice, sin duda, ya que ha estado con ellos un buen rato. Bueno…, siempre y cuando no me esté equivocando yo ahora, ¿es usted la anciana?

—Sí.

—Formidable. Me engañó completamente… ¿Cómo debo llamarla?

—Usted ya lo sabe —sonrió la rubita.

Anton asintió una vez más, con aquel gesto tan característico en él, reposado, reflexivo.

—¿Cuántos compañeros suyos han desaparecido, Baby? —Tres.

—Están de suerte. A nosotros nos faltan cinco. Supongo que sabe perfectamente que Viena está ardiendo.

—Habrá que llamar a los bomberos.

Anton se permitió una sonrisa.

—Por el momento somos dos… bomberos —dijo—. Y ojalá que la cosa no se complique. ¿Qué ha pasado en casa de los Rambouillet?

—Me han invitado a coñac y a tocar el violín.

—¿Sabe usted tocar el violín?

—Aceptablemente.

—La felicito. Yo soy un desastre para la música. Y créame que es algo que a veces me entristece. Usted ya sabe lo que los rusos amamos la música, y quisiera poder gozar de ella, pero…

—No se puede tener todo en la vida. Creo que algo parecido les he dicho a Oscar e Irene. ¿Usted también los ha visitado?

—No, no… Y me arrepiento, ahora. Quizá lo he hecho por cautela, o miedo: era lógico que si yo vigilaba a Oscar e Irene, hubiesen otros agente secretos haciendo lo mismo…, y uno nunca puede confiar plenamente en que esos agentes sean de la categoría adecuada a una situación como ésta. ¿Qué más le dijeron los Rambouillet?

—Me dieron veinte mil chelines para una buena obra.

—¿De veras? Pues parecen buena gente… Sin embargo, los rusos, los húngaros y los polacos no estamos actualmente muy seguros de eso.

—O sea, que también han desaparecido agentes húngaros y polacos.

—Cinco, en total, La MVD ha asumido el mando de las investigaciones, al respecto.

—Ya. ¿Se encarga usted solo del caso?

—Como bombero, sí —sonrió de nuevo Anton—. Pero si las cosas se ponen peor de lo que ya están, me temo que pueden aparecer en son de guerra alrededor de treinta hombres.

—Eso es una barbaridad, Anton.

—Sí. ¿Tiene usted alguna buena idea para evitarlo?

—Tengo una idea excelente.

—Supongo que no debo sorprenderme demasiado. ¿Cuál es la idea… excelente?

—Cada cosa a su tiempo… ¿De qué son esos bocadillos?

—De queso. Tengo un queso entero en el frigorífico.

—Queso… ¿Y qué más?

—Queso.

—Es usted todo un asceta —sonrió Baby—. Espero que, al menos, el queso sea bueno.

—A mí me tiene sin cuidado. Lo como, y eso es todo.

—Entonces, también podré comerlo yo…

—… Sólo que este vino no corresponde a este queso —objetó.

Anton la miró por encima del bocadillo que había empezado a

morder, ya ambos en la casita, sentados frente a frente en el diminuto saloncito.

—Lo lamento —frunció el ceño—. ¿Quiere que vaya a buscar otro?

—No, no —rió Baby—… En realidad, da lo mismo. Vamos a terminar la conversación, Anton, si le parece.

—¿No lo hemos dicho ya todo?

—Seguramente, sí. Y, al parecer, la CIA y la MVD están en la misma situación…, salvo esa deprimente diferencia de dos hombres. Sumemos: tres de la CIA, cinco de la MVD, y cinco entre polacos y húngaros… Trece hombres. ¿Realmente piensa usted que los Rambouillet han asesinado a trece hombres?

—Deme usted cualquier otra explicación.

—Podrían… tenerlos prisioneros.

—¿Para qué? —se sorprendió Anton.

Baby dio otro mordisco al bocadillo de queso, y se dedicó a masticarlo, pensativa. Por fin, engulló el bocado, y dijo:

—Por un lado, la jugada de los Rambouillet parece estar clarísima —admitió—: se dedican a ayudar a agentes de la CIA en dificultades a su paso por Viena…, al menos, en teoría. Pero, evidentemente, lo que hacen es conseguir de esos agentes la información que ellos han conseguido en su último trabajo, y luego, esa información la venden a la MVD. Luego, lo hacen a la inversa: consiguen información de agentes de la MVD, y la venden a la CIA. Y posiblemente, a otros servicios secretos. ¿Qué clase de información les han estado facilitando a ustedes los Rambouillet?

—Excelente.

—A nosotros también. Pero…

—No entiendo por qué duda usted —encogió los hombros el espía ruso—. Insisto en que todo está clarísimo: los Rambouillet están trabajando para varios servicios secretos. Para todos estos servicios secretos, ellos son un gran alivio en Viena, puesto que los agentes residentes aquí no tienen ni idea de su existencia, y sólo a los transeúntes, camino de casa, se les facilita el teléfono privado de los Rambouillet. Un ejemplo: un agente ruso pasa por Viena, y, de acuerdo a lo ordenado o por dificultades siempre posibles, recurre a los Rambouillet. Los llama. Los Rambouillet se reúnen con ese agente, se apoderan de la información que lleva, y luego la venden

a la CIA, al MI5, al Deuxième Bureau, al… ¡Cualquiera sabe a cuántos servicios secretos la venden! Posiblemente, a todos, menos a aquel al que pertenece el agente del que han obtenido esa información, lógicamente. Y así, van cobrando cantidades de todos los servicios secretos que confían en ellos. Deben tener mucho dinero… Mucho. De modo que regalar veinte mil chelines para una obra benéfica no tiene importancia para ellos.

—Yo le voy a hacer tres preguntas, Anton. Y según lo que usted me conteste, haremos una cosa u otra. Primera pregunta: ¿qué hacen los Rambouillet con los agentes secretos que han… desaparecido?

—No sé. Debemos temer que los matan.

—Yo digo que no. Segunda pregunta: ¿por qué hacen todo esto los Rambouillet?

—¿Que por qué lo hacen? —se sorprendió el ruso—. Por dinero, eso es obvio.

—Tercera pregunta —sonrió suavemente Baby—: ¿qué hacen con el dinero, para qué lo quieren? ¿Lo sabe usted?

—Pues… no. ¡Vaya pregunta! ¿Para qué queremos todos el dinero, sino para disfrutarlo?

—Para vivir como viven, los Rambouillet no necesitan demasiado.

—No sé el que necesitan, pero puede estar segura de que, en menos de un año, Rusia les ha pagado en total más de cuatrocientos mil rublos.

—¿Nada más? Pues no son ustedes muy generosos, francamente. Nosotros llevamos pagados cerca del millón de dólares… Las informaciones lo valían, desde luego.

—Las informaciones conseguidas de cinco agentes rusos.

—Y de otras nacionalidades, no lo olvide. Pero, Anton, me parece que le estamos dando muchas vueltas a lo mismo: debemos convencernos de que, de un modo u otro, la clave de todo esto está en los Rambouillet.

—Eso lo he dicho yo en todo momento.

—De acuerdo… ¿Va a confiar en mí?

—Para este caso concreto, sí.

—Nuevamente de acuerdo. ¿Tiene usted cápsulas activadas por calor?

—No… No, lo siento. No dispongo de esa clase de material, aquí. Pero podría conseguirlo en menos de una hora.

—Yo tardaré media hora —sonrió Baby—. ¿Le importa?

—Claro que no.

La divina espía recurrió a su radio de bolsillo, accionándola rápidamente.

—¿Simón?

—A la escucha. Pero todavía no tenemos el…

—¡Oh, está bien! Sigan buscándolo. Pero hay algo que necesito con muchísima más urgencia: un par de cápsulas activadas por calor, y el correspondiente receptor. ¿Disponen de ello?

—Ciertamente.

—Quisiera recoger ese material dentro de media hora delante de la iglesia «Maria am Gestade».

—*Okay*.

—¡Ah! Una cosa: soy una rubia preciosa.

—¡Caracoles…! ¿Ahora es rubia?

—Y preciosa.

—Eso no lo dudo. ¿Lo envío a Estocolmo?

—Buena idea.

—Todo en marcha. ¿Qué más podemos hacer?

—Una cosa muy importante: nada.

—¿Cómo dice…?

—No hacer *nada* es algo que relaja mucho, Simón. Dedíquense a meditar, eso es bueno. En resumen: por ningún concepto salgan de donde están, ni provoquen o acepten enfrentamiento alguno con nadie. ¿Está bien claro?

—Sí.

—¡Adiós, Simón!

Guardó la radio, miró a Anton, que la contemplaba muy interesado, y sonrió. Tomó la pistola del ruso, y la tiró hacia éste, que la cazó en el aire, la guardó, miró vacilante a la espía norteamericana, y acabó sonriendo también.

—De acuerdo —dijo; sacó su radio de bolsillo, y abrió el canal—… ¿Muntyan?

—Sí.

—Anton, especial en Viena; repliegue total.

—Bien.

—Es todo.

Guardó la radio, y miró a Baby, que agradeció la actitud del ruso con un gesto, y luego señaló la puerta.

—Iremos en su coche, naturalmente.

Anton asintió una vez más, fue a la puerta, la abrió, y se apartó para ceder el paso a Baby, mientras dirigía la mano derecha hacia el interruptor…

Se quedó así, tan petrificado como Baby, al ver al hombre que apareció en el umbral, pistola en mano, tenso el rostro, vigilante la mirada.

—Adentro —dijo el hombre—. ¡Retrocedan! ¡Y las manos bien altas!

—Sobre todo, no se ponga nervioso —murmuró Baby—. Somos colegas de buen tratar, se lo aseguro… ¿Francés?

El hombre entró, cerró la puerta, y se apoyó de espaldas en ella, siempre atentísimo. Había hablado en ruso, pero ahora lo hizo en su idioma:

—Francés, sí. Y ya veremos eso de que son colegas de buen tratar. Últimamente, los rusos…

—Él es ruso —señaló Baby a Anton con la barbilla, en alto las manos—. Yo soy norteamericana.

—¿De verdad? —sonrió el francés—. Apuesto a que acto seguido va a decirme que es la mismísima Baby, de la CIA.

—Efectivamente.

—Adorable encuentro —masculló el francés—. Ahora, saquen sus armas y échenlas hacia detrás de ustedes.

—Mi pistola está en el maletín —dijo Baby, mirándolo por encima de su cabeza.

—Pues tire el maletín. Y usted, cuidado con lo que hace con los dedos al tocar la pistola.

—Obedézcale, Anton, por favor —pidió la espía—… Luego convenceremos a nuestro colega de que debe colaborar, también.

Depositó en el suelo el maletín, y lo empujó hacia atrás con un pie. Anton también tiró su pistola, hosco el gesto. El francés se mostró grandemente aliviado al saberlos desarmados, y suspiró.

—¿En qué supone usted que debo colaborar? —preguntó.

—En encontrar a los agentes desaparecidos del SDECE francés, naturalmente. ¿Cuántos han sido?

—De manera que admiten que…

—Vamos, vamos —se impacientó Baby—. Es evidente que usted también estaba vigilando a los Rambouillet, y que Anton y yo no nos hemos dado cuenta de que nos seguían enfrascados en nuestra conversación. Está bien, ha sido usted muy eficaz. Ahora, guarde esa pistola y hablemos amistosamente.

El francés entornó los ojos, y se pasó la mano libre por la boca, en un gesto reflexivo. Su ceño se frunció profundamente.

—Está bien: hablaremos. Pero no aquí, sino en otro lugar mucho más seguro… para mí. Vamos a salir.

—Mire, colega, Anton y yo hemos dado orden de retirada a nuestros compañeros, así que si usted nos lleva con los suyos, sólo va a complicar las cosas. Lo que hay que hacer, podemos hacerlo nosotros solos, los enviados especiales.

—¿Y qué hay que hacer?

—Aclarar el asunto Rambouillet, evidentemente.

De nuevo quedó pensativo el francés unos segundos, para acabar moviendo la cabeza en sentido negativo.

—No me fío. Ya nos faltan cuatro hombres… No quiero ser el quinto. Vamos a salir de aquí, y hablaremos donde yo diga y en las condiciones que a mí me convengan. De modo que coloquen sus manos en la cabeza, y vayan saliendo despacio.

—Estamos perdiendo el tiempo.

—Bueno. Eso quiere decir que estamos vivos. Caminen.

El francés abrió la puerta, de espaldas a ésta, y salió de la casa, siempre de frente al ruso y a la norteamericana, retrocediendo, apuntándoles…

Quizá le habría ido mejor volver la espalda a Anton y a Baby que al exterior, a la noche.

Un hombre muy alto, rubiales, apareció sigilosamente a su espalda, alzó la mano derecha, y le descargó un golpe con la pistola, en plena cabeza, fulminándolo contra el suelo. Anton bajó las manos, iniciando el gesto de saltar hacia atrás en busca de su pistola, pero Baby se lo impidió, colocándose en su camino.

—No, Anton. Todo va bien.

El recién aparecido recogió la pistola del francés, entró en la casa, saludó al ruso tocándose la frente con dos dedos, y luego se quedó mirando fijamente a Baby.

—¿He sido oportuno? —sonrió.

—Fantasma —susurró ella—. ¡Cuánto me alegro de verte! (1).

—Lo supongo.

—¡Oh, no! —rió ella—… Al francés lo habría convencido muy pronto. ¡Me alegro de verte porque… porque me alegro, simplemente!

Le echó los brazos al cuello, y lo besó en la boca, cariñosamente, tiernamente. Luego, todavía abrazada a él, estuvo mirándolo con gran atención, rasgo a rasgo…, y acabó haciendo un gesto de pesar.

—Cómo pasa el tiempo… Ya tienes canas, Fantasma.

—Seguro que soy el primer Fantasma que reúne esas condiciones —rió John Pearson, alias Fantasma—. En cuanto a ti, me parece una pérdida de tiempo decirte que estás más joven y hermosa que nunca, así que… no lo digo.

—Anton —se volvió ella, riendo—, le presento a Fantasma, del MI5 [1] .

—¿Qué tal? —gruñó el ruso.

—Óptimamente. Veamos… ¿Se trata de alguna secretísima alianza ruso-norteamericana?

—Alianza temporal. Pero te vamos a permitir entrar en ella… ¿Cuántos agentes le faltan a Su Majestad?

—Tres.

—Empatados —murmuró Baby—… ¿Necesitas alguna explicación?

—Me parece que no. ¿Qué les sonsacaste a los Rambouillet en su casa?

—Tengo que ir a recoger una cosa, querido. Vamos allá, y te lo contaré todo por el camino.

—*All right*. ¿Qué hacemos con el francés?

—Lo llevaremos en el coche de Anton: vamos a necesitarlo quizá.

—Si no dispones de compañeros en Viena, yo puedo…

—Anton y yo hemos ordenado el repliegue de todos nuestros compañeros en Viena. Y no eran pocos.

—Ya —Fantasma sacó su radio de bolsillo—… ¿Sinclair?

—Adelante, señor.

—Retirada total.

—Retirada total. Sí, señor, *alt right*.

—*Alt right.*

Cuando guardó la radio, miró a Baby, que se había adelantado a examinar al caído francés.

—Despertará pronto —dijo ella, retirando la documentación del espía galo—... Parece que tendremos que llamarlo Pierre.

—Es un nombre muy francés. Recuerdo...

—Está consumiéndose la media hora —murmuró Anton—. Y no quisiera que su amigo *Simón* se impacientase delante de la iglesia, Baby: podría ser catastrófico si usted no aparece allí.

—Eso es cierto. Por favor, Anton: ¿quiere colocar a Pierre en el coche?

—*Da.*

El ruso se cargó al francés con toda facilidad, y fue a tirarlo al interior del coche, observado irónicamente por el británico, que, junto con Baby, ocupó el asiento de atrás. Sin más explicaciones, Anton puso el coche en marcha.

—Curioso —dijo Fantasma—... En verdad curioso. ¿No lo has notado, querida? Viena, cuatro personas de diferente nacionalidad...

—La historia se repite —asintió ella, sonriendo—: cuatro en un... *jeep*. Un francés, un inglés, un ruso y un... una norteamericana: de nuevo aliados.

—Emocionante —sonrió secamente Fantasma.

—Mucho —murmuró Brigitte Montfort—... Seguramente, muchas de las cosas que han pasado desde entonces, desde que éramos aliados, no habrían pasado si hubiésemos seguido juntos.

—Estados Unidos no admite aliados —dijo Anton—: sólo... subalternos.

—Se diría que nuestro colega ruso conoce bien a los yanquis —rió Fantasma.

—Pero no a mí —musitó Baby—... todavía.

—¿Qué pasará cuando la conozca? —dijo Anton.

—La amará —aseguró Fantasma.

—Si eso es un chiste británico, no le veo la gracia.

—Yo tampoco —murmuró el inglés—: es de locos amar una estrella que jamás podremos alcanzar.

—Entonces —replicó el ruso—, no ame una estrella.

—He aquí —dijo sombríamente John Pearson— una admirable

muestra de la sensatez soviética. Cualquier día iré a Moscú a comprarme un corazón artificial programado.

—¿Qué quiere decir con eso? —gruñó Anton.

—Quiere decir —intervino Brigitte rápidamente— que cada cual tiene su propio corazón. Incluso los Rambouillet… Y que debemos pensar, ahora, solamente en nuestro trabajo… en común. Lo demás, es música que no nos interesa.

Capítulo V

Mozart.

Pequeña Serenata Nocturna.

Adecuadísimo.

Sentados juntos en el sofá del saloncito, Oscar e Irene Rambouillet, tomados de la mano, escuchaban en recogido silencio, con los ojos cerrados.

Cada momento requiere su música. No es lo mismo un atardecer un tanto brumoso que una noche despejada. Fría, con nieve todavía en muchos tejados, pero… despejada, bella, serena. No es lo mismo un amanecer radiante que una puesta de sol de serena agonía. No es lo mismo un *luau* en los Mares del Sur que un concierto en el Palacio de la Música.

Cada momento, su música. Cada música, en su momento.

Cuando terminó la *Pequeña Serenata Nocturna* del sin par Wolfgang Amadeo Mozart, los Rambouillet todavía permanecieron inmóviles, en silencio y con los ojos cerrados, durante un minuto, por lo menos.

Por fin, Irene suspiró, abrió los ojos, y volvió la cabeza hacia Oscar.

—Es tarde ya, querido —murmuró dulcemente.

—Sí… Vamos a acostarnos.

—Si prefieres escuchar algo más…

—No, no. Sabes muy bien que no, mi amor. Lo bueno, siempre en pequeñas dosis.

—Deberíamos convencer de eso a Hermann —reflexionó Irene—… Estoy muy preocupada por él, Oscar: come demasiado.

—Se está haciendo viejo —sonrió Rambouillet.

—Precisamente por eso debería comer menos, A su edad, no es bueno estar obeso.

—Se lo diré… Pero no me hará caso. Le gusta comer, y dudo que alguien pueda convencerle de que acorte sus pequeños banquetes: tiene un carácter decididamente germánico.

—Pues eso no le hará ningún bien. Se ha ido al cine, esta tarde, y luego dice que ha paseado bastante, pero lo dudo. Es muy comodón… Y te diré algo más: estoy segura de que después de cenar, mientras nosotros estamos aquí escuchando música, él ha encontrado algo más para comer en la cocina.

—Es un pillo —rió Oscar—… Mañana hablaré muy seriamente con él.

—Y convéncelo de que lo haces por su bien.

—Sí, sí… Vamos arriba.

Irene fue hacia la puerta, y encendió la luz del salón de música; Oscar apagó la pequeña pantalla a cuya luz habían estado hasta entonces, y se reunió con ella, apagó aquella luz y salieron al distribuidor, emprendiendo lentamente la ascensión hacia los dormitorios, tomados de la mano.

El silencio era completo. Parecía como si aquella casita estuviese dentro de una campana de cristal insonorizado. Llegaron arriba, y Oscar señaló la parte inferior de una de las puertas, por la que brotaba una raya horizontal de luz.

—Al parecer —rió quedamente—, no ha comido demasiado en la cocina, porque ya se ha acostado.

—Y debe estar leyendo una de esas terribles novelas de espionaje —rió también Irene, quedamente, dulcemente—… Tengo la impresión de que hemos metido al pobre Hermann en algo superior a sus posibilidades.

—No sé —frunció el ceño Oscar—. A veces, tengo la impresión de que se considera poco menos que el mismísimo Cicero, el astuto espía.

Riendo, entraron los dos en su dormitorio, que parecía, también, una estampa de vals, con sus recargados muebles de estilo romántico. Irene entró en el cuarto de baño, mientras Oscar se acercaba a la ventana, para contemplar la noche.

—No me extrañaría nada que nevase esta noche, después de todo —dijo.

—¿Qué? —preguntó Irene, desde el cuarto de baño.

Él fue allá, y se quedó mirando a Irene por medio del espejo.

—Nevará —dijo.

—¡Ah!

De todos modos, estamos en primavera, así que pronto llegará el tiempo agradable. El Prater se llenará de flores… Seguramente, ya hay algunas.

—Sí, porque tenemos ya nosotros en el jardín… Oscar: ¿crees que podríamos comprar un invernadero?

—Claro que sí. Lo que no sé es dónde lo instalaríamos, querida.

—Puede ser un invernadero pequeñito… Y podríamos ponerlo al lado de la casa, y hacer una puerta para llegar directamente, sin salir de ella. ¿Costaría mucho?

—No sé. ¿De verdad lo deseas tanto?

—Si podemos pagarlo, me gustaría tenerlo.

—Mañana pasaré cuentas en nuestro libro de entradas. Pero ya te digo que no hay problema: el último pago de la CIA fue de ciento cincuenta mil dólares. Lo que ocurre es que… no sé si debemos disponer de ese dinero para caprichos nuestros.

—Hoy has regalado veinte mil chelines.

—Mujer… Era una buena obra, compréndelo.

—Claro que lo comprendo —dijo ella, dulcemente—. Y ojalá que *frau* Simonet no sea una vulgar timadora.

—Bueno —sonrió Oscar—, si lo es, ha sabido hacerlo, y eso ya tiene un mérito. A fin de cuentas, bien mirado, a nosotros también se nos podría definir como timadores, así que no le guardaríamos rencor a *frau* Simonet… Lo que sí lamentaría es perder la compañía de su violín.

—Dudo mucho que sus dedos estén lo bastante firmes para tocarlo como a nosotros nos gusta.

—Sí, ya he pensado en eso…, pero, lo que a *frau* Simonet le falte de firmeza, posiblemente le sobrará en sensibilidad, ¿no te parece?

—Yo sigo pensando que es una mujer… extraña. Sus ojos me parecieron…

Dejó de hablar al oír el golpe en madera, y volvió la cabeza hacia la puerta del dormitorio. Inmediatamente, cambiaron una mirada, y Oscar salió a toda prisa del baño. Irene dejó de estudiar sus cabellos y los rizos que se iba a poner aquella noche, y fue tras él. Cuando Oscar abrió la puerta, oyeron en seguida el timbre de un

teléfono, apagado, y vieron a Hermann delante de la puerta, en pijama y bata, muy abiertos los ojos.

—Están llamando —dijo Hermann.

Los tres fueron al dormitorio de él, y Oscar se apresuró a descolgar el teléfono que el criado-amigo, casi de la familia, tenía sobre la mesita de noche. Para cualquiera, aquel aparato sólo podía ser un supletorio de la línea principal, instalado en el cuarto del criado.

Pero, ciertamente, no era así.

—¿Diga? —musitó Oscar, en alemán.

—¿…?

—Sí… Sí, sí. Soy yo.

—¿…?

—Sí: Oscar. Sí.

Se dedicó a escuchar atentamente, mientras se volvía hacia su esposa y Hermann, que lo miraban expectantes, tensos; les hizo un gesto afirmativo, mientras decía:

—Sí, sí, entiendo… ¿Está usted bien?

—Lo celebro. No se preocupe: le resolveremos ese problema cuanto antes. Ssobre todo, tranquilícese, y no haga nada.

—Lo entiendo, lo entiendo…, pero ya le digo que no tiene por qué preocuparse. ¿Dónde está usted?

—Muy bien. La vamos a recoger inmediatamente. Llegaremos en un coche, pararemos en la esquina, y encenderemos las luces cortas, tres veces. Luego, espere un minuto, a que volvamos a hacerlo… Si así sucede, venga hacia el coche sin cuidado. Si transcurrido el minuto, no volvemos a encender las luces, quédese donde está, y vuelva a llamar a este número dentro de un par de horas. ¿De acuerdo?

—Muy bien, hasta ahora mismo.

Colgó el auricular, y sonrió un tanto crispado.

—¿Quién es? —preguntó Irene.

—Una mujer. Rusa. Dice que está en dificultades. Se dirigía hacia Budapest desde Múnich, y parece que le han salido al paso los americanos.

—¿Está herida?

—No. Ha tenido suerte. Dice que pensaba hacer contacto con sus compañeros residentes en Viena, pero que algo está pasando, y no

le ha parecido conveniente.

—¿Qué ha querido decir con eso de que algo está pasando?

—No lo sé exactamente…, pero podemos figurárnoslo, querida: nos hemos ocupado de demasiados agentes secretos, y es de temer que unos y otros estén muy inquietos…, y agresivos.

—Quizá sea peligroso salir esta noche —dijo Hermann. Oscar lo miró, casi sonriendo. Hermann estaba, en verdad, demasiado obeso para su edad. Eso no era bueno. Y además, como no era muy alto, y estaba casi completamente calvo, daba la imagen menos adecuada para un espía. Con sus grandes ojos saltones y su boquita pequeña, como la de un niño, Hermann Pfolzer parecía el ser más inofensivo del mundo.

—Quizá —admitió—… Quizá, Hermann. Pero tenemos que hacerlo. De todos modos, sí tú no quieres intervenir esta vez…

—No, no… Yo no he dicho eso, Oscar. Haré mi parte.

—No estás obligado.

—Haré mi parte.

—De acuerdo. Ah, Hermann: mañana tenemos que hablar muy seriamente.

—¿Sobre qué? —se inquietó el gordito.

—Sobre tu comida. Vas a estallar de un momento a otro, si no moderas tu apetito.

—Es que si no como, me moriré de hambre, Oscar. Y prefiero morir de indigestión.

—¿Lo ves? —miró Oscar a su esposa—. Aquí tienes el carácter germánico. Ya discutiremos eso, Hermann. Ahora, vamos a recoger a esa mujer, y tú ocúpate de lo otro. No utilices este teléfono, ya sabes, sino el de abajo.

—Sí, sí, lo sé todo muy bien, Oscar.

—Bueno. Vamos, querida.

Los Rambouillet regresaron a su dormitorio, y se vistieron adecuadamente para salir a la calle. Oscar terminó primero, y se adelantó, para sacar el pequeño «Wolkswagen» del garaje. Irene se reunió con él apenas tres minutos más tarde, señalando hacia el cielo, que comenzaba a tomar un tono blanquecino.

—Tenías razón: seguramente nevará.

—¿Está llamando Hermann?

—Sí, sí.

—Deberíamos tener otro coche para él, para estos casos; pero llamaríamos la atención.

—¡Oh!, él se las arreglará para llegar, como siempre. Todavía hay taxis.

Oscar asintió, y condujo hacia la calle. Viena estaba silenciosa, prácticamente solitaria; eran sólo las diez y media, pero parecía que el tiempo no tuviese importancia. Era de noche, parecía que siempre fuese a ser de noche, y ya está.

Comenzaron a caer unos menudos copos de nieve cuando el coche llegaba a la Taborstrasse.

—¿Dónde está la rusa?

—Por fortuna, muy cerca de aquí. Casi en El Prater: en la esquina de Heinestrasse y Stadtgutgasse. Llegaremos en seguida.

No tardaron ni siquiera cinco minutos. Pero Oscar Rambouillet se encontró con un pequeño problema, pues la Stadtgutgasse, al ser cortada diagonalmente por la Heinestrasse, y subir luego en curva hacia Praterstern, le impedía visualizar todas las esquinas. Lo resolvió estacionándose en Kleine.

Entonces, hizo la señal convenida. Luego, esperó un minuto, que dedicaron ambos a mirar a todos lados. Parecía que todo estaba bien, de modo que hizo de nuevo la señal.

Inmediatamente, apareció la mujer, de un portal de la Heinestrasse, casi esquina con Stadtgutgasse. Caminaba de prisa, pero no daba la impresión de estar efectuando una huida, sino apresurándose a eludir la nieve, cuyos copos iban aumentando de tamaño… En cierto momento, la luz permitió a Oscar distinguir bien sus cabellos.

—Es rubia —dijo—. Y por su modo de caminar, muy joven.

—Sí —murmuró Irene.

La espía llegó en pocos segundos al coche, abrió una puerta de atrás, y entró, lanzando un suspiro antes de preguntar:

—¿Oscar?

—Sí —dijo éste, con la cabeza vuelta hacia ella.

—Soy la Cherkova, de la MVD. Gracias por ayudarme. Si no le importa, marchémonos pronto de aquí, por favor.

Oscar puso el coche en movimiento, mientras Irene musitaba:

—¿Está usted bien?

—Sí, sí —aseguró la rubia—… Pero no entiendo bien todo esto.

Me dijeron que sólo debía llamarlos a ustedes en caso de apuro evidente, y que aun así, fuese con mucho cuidado. Es absurdo.

—Temo que no la hemos entendido bien —murmuró Irene.

—Ustedes deberían ser mi pasaporte seguro hacia Budapest sin ninguna complicación, según entiendo. Entonces… ¿por qué me dicen que tenga cuidado, aun recurriendo a ustedes?

—¡Ah…! Bien, últimamente ha habido bastantes contratiempos, muy a pesar nuestro. Sin embargo, ninguna culpa hemos tenido nosotros: recibimos la llamada, acudimos, y ponemos al agente de turno en ruta hacia su destino. Comprenda que lo que pase después no es cuenta nuestra… ¿Qué pasó en Múnich?

—¿En Múnich? Nada… Allí todo fue bien: conseguí lo que quería.

—¿Algo importante? —sonrió, amablemente, Irene.

—Sí, muy imp… No creo que eso les interese. ¿O sí? —Era sólo curiosidad.

La espía rusa llamada Cherkova entornó los ojos.

—Pues repriman esa curiosidad. ¿Adónde vamos?

—Saldremos de Viena —dijo Oscar—. La vamos a llevar a un sitio donde podrá disponer de un helicóptero.

—¿Pretenden que llegue a Budapest en un helicóptero?

—Solamente hay doscientos cincuenta kilómetros. De todos modos, nuestra pretensión es mucho más modesta: facilitarle un medio veloz y seguro para alejarse de Viena. Luego, esperamos que usted dispondrá de recursos para tomar el camino que mejor le convenga hacia Budapest. Lo importante es sacarla de Viena.

—Está bien.

—¿Consiguió contacto con sus compañeros de Viena? —preguntó Irene.

—No… ¿Qué está pasando?

—Pequeñas dificultades, evidentemente. Y esperamos que usted, en su preocupación, no las haya aumentado. ¿Dijo a alguien que nos iba a llamar, o mencionó nuestros nombres…?

—¡Claro que no! —rechazó algo irritada la Cherkova—. ¿Por quién me toman?

—No debe molestarse con nosotros —dijo, cariñosamente, Irene —. Sólo queremos la seguridad de todos, señorita Cherkova. ¿Está armada?

—Naturalmente, sí —la Cherkova palmeó el maletín de tono rojizo que tenía sobre las rodillas, bien sujeto—… ¡Vaya pregunta!

—¿También ésta le ha molestado? —sonrió Irene.

—No sé… ¡No me gusta que me hagan preguntas!

—Como quiera. Es usted bastante arisca, a mi juicio. Los hombres a los que hemos ayudado eran mucho más amables: seguramente comprendían muy bien que todo nuestro interés y nuestro trabajo consistía en ponerlos sanos y salvos camino de casa.

La Cherkova se mordió los labios.

—Lo siento —murmuró—… Creo que, en efecto, estoy algo nerviosa.

—Es comprensible —intervino Oscar—. Parece usted muy joven para estas cosas, hija mía.

—¿Eso piensa? Bueno, pues le diré que tengo ya muy pocas cosas que aprender respecto al espionaje internacional.

—Siempre hay algo que aprender —sonrió, de nuevo, dulcemente, Irene.

Y se volvió hacia delante, olvidando al parecer que llevaban una pasajera.

Capítulo VI

Finalmente, Oscar detuvo el coche, sin que hubiesen vuelto a pronunciar una sola palabra. La Cherkova se inclinó hacia la ventanilla, y miró al exterior. Por entre la nieve, que caía ya bastante espesa, se veían, a distancia incierta, las luces de una localidad. Atrás había quedado Viena, hacía pocos minutos.

—¿Dónde estamos?

—Cerca de Korneuburg —señaló Irene las luces que tenían enfrente—. Aquí nos apeamos.

—¿Aquí? ¿El helicóptero…?

—El helicóptero tardará todavía un poco —dijo Oscar—. Lo esperaremos en el chalet. Es muy posible que uno de nuestros colaboradores haya llegado ya, así que no se ponga nerviosa si ve a un hombre: será Hermann, un amigo.

—Está bien. Pero yo no veo ningún chalet que…

—Lo verá en seguida.

Oscar hizo una señal con las luces del coche, y, a los pocos segundos, a la izquierda de ellos brilló un rectángulo luminoso, que se apagó en seguida. Luego, volvió a encenderse dos veces más y ya no se apagó.

—Efectivamente, Hermann ha llegado —dijo Oscar.

Paró el motor, apagó las luces del coche, y abrió la portezuela. Las dos mujeres le imitaron, y fueron tras él hacia la ventana iluminada. A su resplandor, vieron la puerta de la casita, que se abrió cuando estuvieron delante. Oscar dejó paso a su esposa y a la Cherkova, entró, y cerró la puerta.

Luego, miró a Hermann Pfolzer, que contemplaba atónito a la Cherkova.

—¿Has llamado, Hermann? —preguntó Oscar.

—Sí… ¡Es muy bonita, Oscar!

Los Rambouillet pudieron contemplar entonces a sus anchas a la

espía soviética, que, en efecto, era muy hermosa, con sus largos cabellos rubios, sus grandiosos ojos verdes, la boquita sonrosada, con un gesto que ponía una dulzura infantil en su rostro al alzarse por el centro el labio superior… Ella reía mientras se quitaba el abrigo, mirando al criado-amigo.

—Gracias, Hermann —dijo—: muy amable. En cuanto a usted, debo decirle que come demasiado.

Hermann Pfolzer quedó aún más atónito, mientras los Rambouillet lanzaban a una su exclamación de sorpresa: ¡parecía como si aquella muchacha rusa hubiera escuchado su conversación!

—Lo mismo le decimos nosotros —acertó a murmurar—… ¿Quiere tomar algo? Hay de todo aquí, *frau* Cherkova. Si tiene apetito…

—He comido un bocadillo de queso no hace mucho —frunció el ceño, la rusa—. Con un vino muy poco adecuado. El resultado es que he perdido el apetito.

—Le serviré café —dijo Irene.

—Eso está mejor. Bien… ¿qué hacemos?

—Nada especial. Descansaremos esperando el helicóptero… Pase, por favor.

Entraron en el saloncito, y la Cherkova se sentó en un sillón, mirando a todos lados con curiosidad. Allí no había nada que recordase el vals… Unos cuantos muebles viejos y baratos, eso era todo. Ni siquiera era un lugar adecuadamente limpio.

Encendió un cigarrillo que sacó del maletín rojo con florecillas azules estampadas, y preguntó:

—¿Ustedes viven aquí?

—No. Sólo utilizamos este lugar para casos como el suyo.

—Ya. Bueno, claro, viven en Viena.

—Así es.

—¿Y qué…? ¿Por qué me mira así? —preguntó de pronto a Hermann.

El gordito y saludable anciano se turbó visiblemente. Se había sentado en otro sillón, con los ojos fijos en la rusa, fascinado.

—Es… es usted tan bonita…

—Ya hemos decidido eso antes, ¿no?

—Perdone a Hermann —sonrió Oscar—… Siempre se asusta un poco con estas cosas, *frau* Cherkova.

—¿Usted no?

—También —asintió Oscar—. Pero me aguanto.

—Nunca había visto una mujer espía —dijo Hermann, que seguía el hilo de sus pensamientos—… Y la verdad, estaba seguro de que no eran tan bonitas como dicen en las novelas.

—También hay espías feas —rió la Cherkova—: he conocido algunas francamente horribles. Algunas, ni siquiera eran espías.

—¿Sí? ¿Y a qué se dedicaban?

—A cosas poco agradables.

—¿Y qué pasó con ellas?

La espía soviética sonrió amistosamente.

—Las maté.

Hermann se atragantó con su respingo, mientras Oscar palidecía intensamente.

—¿Las… las… mató?

—Claro. ¿Le ocurre algo?

—No se debe matar, *frau* Cherkova —musitó Oscar.

—¡Ah! Entonces, debí dejarme matar yo. ¿Es eso?

—No… Nadie debe matar.

La rubia espía parpadeó. Miró fijamente a Oscar, luego, a Hermann… De la cocina salía en aquel momento Irene, no menos pálida que su marido; debía haber oído la última parte de la conversación y al parecer estaba de acuerdo con su esposo. Por último, miró a Hermann, que la contemplaba ahora con cierto gesto de espantó.

Irene colocó ante ella la bandeja con una vieja cafetera eléctrica y una sola taza.

—Sírvase usted misma —murmuró.

—¿Qué les pasa? ¿No les gusto?

—No mucho, *frau* Cherkova —dijo Oscar, con voz tensa—… Pero, realmente, estamos acostumbrados a oír de labios de ustedes las mismas palabras.

—El espionaje no es ningún juego de salón —refunfuñó la rusa —. Y si no les gusta, no entiendo por qué toman parte en él. ¿Por dinero?

—En cierto modo.

—¿En cierto modo? Bueno, quien trabaja por dinero en un asunto como el nuestro, debe haber matado alguna vez… No me

digan que ustedes no lo han hecho.

—Nunca hemos matado a nadie. A nadie.

—Será porque nunca han visto sus vidas en peligro.

Sorprendentemente, los Rambouillet se echaron a reír.

—¿Eso cree usted, *frau* Cherkova? Bueno, ¿usted cree que es poco peligro vivir en Viena y trabajando para el servicio secreto ruso? ¿De verdad lo cree?

—Supongo que les pagan por eso.

—Se le va a enfriar el café —dijo un tanto fríamente Irene.

—¡Oh, sí…! ¿Ustedes no beben?

—No.

—¿Por qué no? Es un buen momento para tomar café. Hace frío, es tarde; quizá tengamos que esperar varias horas… Una buena taza de café nos mantendrá a todos despiertos. Beban conmigo.

—No vamos a tomar café —aseguró Oscar—, por la sencilla razón de que no nos apetece. Y si usted teme que pretendamos envenenarla, no lo tome tampoco.

—Qué tontería —rió la Cherkova—… ¡Envenenarme a mí! ¿Por qué habrían de hacerlo?

—Para enviarla al Paraíso, por ejemplo.

La rusa alzó las cejas, en un gesto de perplejidad que resultó simpáticamente cómico.

—No creo en el Paraíso —dijo—. Pero si existiese un lugar como ése, tal como se le describe, pues… no me disgustaría visitarlo. En cuanto al café —olfateó la taza que se había servido—, huele tan bien que si además va a enviarme al Paraíso, lo tomaré… Envenenarme… ¡Qué tontería!

Se tomó el café, a pequeños sorbos, aprobando con gestos de cabeza, como ajena a la gran atención con que la miraban los tres sorprendentes personajes. Dejó la taza sobre la bandeja, y dio otra chupada al cigarrillo, sonriendo irónicamente.

—Todavía estoy viva, me parece. Y ahora, hablemos en serio: ¿cuánto tardará el helicóptero?

—Depende del tiempo: una hora, dos, tres… Nunca podemos saberlo con seguridad.

—Utilizaremos todos nuestra paciencia, entonces. Mientras esperamos, podemos… ¡Uaaaaaaa! —bostezó sonoramente—… Perdonen… Iba a decir que podíamos charlar, pero estoy tan

cansada… Sí, muy cansada… Y me está entrando un… ¡Uaaaaaa…! un sueño terrible… Parece como si…

Se calló de pronto. Su ceño se frunció, sus ojos mostraron una dura expresión de desconfianza…, pero los párpados cayeron como telones de plomo, y la cabeza dio una sacudida hacia el pecho, con tal fuerza, que *frau* Cherkova casi cayó del sillón. Se irguió vivamente, y con gran esfuerzo, volvió a separar los párpados.

Quiso mirar a Oscar e Irene Rambouillet, pero no podía verlos. Ante sus ojos sólo habían ya manchas oscuras. Sacudió la cabeza, pero las manchas persistieron, la oscuridad fue espesándose, espesándose, espesándose. La Cherkova emitió un gruñido de disgusto y de miedo a la vez… Abrió el maletín, torpemente, y sacó una pistolita de cachas de madreperla.

—Les… les vo… voy a… a… les… voy a… —tartajeó.

La oscuridad acabó de espesarse, se convirtió en negrura total, y la espía soviética cayó hacia delante, soltando al pistolita, aplastando el maletín con su cuerpo, rebotando en él, y quedando, por fin, cara al techo, profundísimamente dormida.

Durante un par de minutos, Oscar e Irene Rambouillet y Herman Pfolzer, la estuvieron mirando, en silencio. Por fin, Irene suspiró, y dijo:

—Parece una niña…

Oscar asintió sombríamente.

—Pero no lo es… Ha matado, Irene. La enviaremos al Paraíso. Regístrala bien. Hermann y yo miraremos en el maletín.

Irene se arrodilló junto a la espía, y movió la cabeza.

—Qué dulce se ve ahora, Oscar…

—Regístrala. Si lo que consiguió en Múnich lo lleva encima, o en el maletín, la enviaremos dormida al Paraíso. Pero si su información es oral, tendremos que esperar a que despierte, para que nos diga de qué se trata… Hermann: ¿te has asegurado de que queda pentotal?

—Sí, sí, Oscar: todavía tenemos mucho, sí.

—Bien. Ayúdame con este maletín.

Mientras Irene registraba las ropas de la Cherkova, Oscar y Hermann se dedicaron al maletín, cuyo contenido vaciaron sobre la vieja alfombra, cuidadosamente. *Había un* pequeño secador de cabello a pilas, un trípode de aluminio para colocar una pequeña cámara fotográfica de disparo retardado, cepillo para el cabello,

cigarrillos, llaves, dinero, cosméticos, perfumes, unos gemelos pequeños para teatro, una pequeña cámara fotográfica que sin duda correspondía al trípode de aluminio, una radio a transistores…

—Pues sí que caben cosas aquí dentro —se maravilló Hermann—… ¡Qué barbaridad!

—Es una rusa muy… peculiar —murmuró Oscar—: tiene preferencias por determinado vino con determinado queso, utiliza perfume francés… Este es americano: de Nueva York, Quinta Avenida… La radio es americana también… ¡Ten cuidado!

A Hermann se le había caído el cepillo para el cabello, golpeando con la punta del magno sobre la alfombra. Se oyó un levísimo chasquido…, y paralelo al soporte de las cerdas del cepillo apareció un agudísimo estilete de acero, que pareció recoger toda la luz.

Los dos hombres se miraron, tras contemplar con sobresalto el trucado cepillo. Oscar miró de reojo a Irene, y la vio contemplando también el estilete, vuelta la cabeza hacia ellos… Se apresuró a recoger el cepillo, y estuvo buscando el resorte que haría desaparecer la fina hoja de acero, sin conseguirlo. La casualidad había funcionado una vez, tan sólo, y tuvo que comprenderlo: tan sólo *frau* Cherkova sabría cómo ocultar aquella fina aguja. Dejó el cepillo a un lado.

—Debe llevar más trucos como éste, ¿verdad? —preguntó Hermann.

—No lo sé. Pero eso no nos interesa… ¿No has encontrado nada interesante?

—No… A mí no me parece interesante nada de esto. Bueno, en el sentido de que…

—¿Irene? —preguntó Oscar.

—No… No encuentro nada. Pero seguiré palpando sus ropas. Oscar: ella tiene el pecho muy bonito, mira.

Oscar miró un instante, de mala gana, pero Hermann se puso en pie y se acercó. Estuvo unos segundos contemplando el torso de la espía rusa, más fascinado que nunca.

—Qué hermosa es, qué hermosa, qué hermosa… Y su piel parece de oro, ¿verdad, Irene?

—Sí, Hermann.

—Sí… Es verdad, de oro. ¡Qué espía tan bonita, Irene! Estará

muy bien en el Paraíso, ¿verdad?

—Sí, Hermann… ¿Qué haces?

El gordito anciano se había inclinado, alargando una mano. Miró a Irene sonriendo.

—Sólo quería tocarle un pecho.

—Vamos, no digas tonterías. ¡Quita esa mano!

—¿Qué mal hay en ello? No es lujuria, Irene, sólo… sería como acariciar una flor, o una obra de arte…

—¡Mirad esto! —exclamó Oscar.

Los dos miraron vivamente hacia él, y se acercaron, arrodillándose ante el maletín. Oscar había encontrado el doble fondo, y mantenía alzada la fina plancha de acero forrada de piel. Dentro habían billetes americanos, rusos y alemanes; dos cargadores para la pistolita de cachas de madreperla; un tubo que parecía de cristal, muy delgado, y que contenía unas pequeñas ampollas de tono verdoso y un pasaporte. Oscar lo sacó, y lo abrió.

—Galina Cherkova, rusa, en efecto —murmuró—… Pero seguimos sin encontrar lo que ella consiguió en Múnich. Espera…

La tapa del pasaporte parecía un poco despegada en una esquina, y Oscar la separó un poco más, con todo cuidado…, hasta que vio el extremo del pequeñísimo microfilme. Lanzó una exclamación, tiró de él, y lo alzó ante los ojos de Irene y Hermann.

—¡Aquí está! Hermann, ve al laboratorio a buscar el visor, date prisa.

—Sí, Oscar.

Hermann regresó en pocos segundos con el visor, y Oscar introdujo el microfilme en la ranura, orientándolo en seguida hacia la luz y colocándolo ante sus ojos. Su boca se abrió en un gesto de estupefacción. Apretó el botoncito de pase, y vio el siguiente recuadro, ampliado y positivado, por supuesto…

—¿Qué es? —se impacientó Hermann—. ¿Qué dice ahí?

—Nada… No sé, no lo entiendo. Sólo hay números y letras, y símbolos químicos… Sí, son símbolos químicos. Debe de ser alguna fórmula, pero no la entiendo en absoluto.

—Bueno, ya la entenderán los americanos, y los franceses, alemanes, ingleses… ¿Verdad, Oscar?

—Supongo que sí. Bueno, sin duda esto es lo que buscábamos. Vamos a guardar todo lo demás… Y nos llevaremos este maletín a

casa, Irene. Ella no va a necesitarlo para nada en el Paraíso.

—Podría matar a alguien con el cepillo, es verdad —dijo Hermann.

—¿Cuándo vas a hacer las copias del microfilme? —preguntó Irene.

—No sé. Mañana, seguramente. Lo primero, ahora, es que venga el helicóptero y se lleve a la muchacha. ¿Has traído el dinero de la última remesa que vendimos, Hermann?

—Sí, sí. Se lo daré a Vittorio cuando llegue con el helicóptero. Irene, ¿puedo tocarle un pecho?

—No.

—¿Por qué no?

—Eres un depravado, Hermann —sonrió Oscar.

—¿Yo?

—Es una broma, hombre. Vamos, dejémonos de tonterías… Irene, vístela bien, que esté preparada para cuando llegue Vittorio, con el helicóptero.

El helicóptero llegó una hora más tarde, cuando ya hacía casi media que había dejado de nevar. Hermann fue a abrir la puerta de la casa después de ver los tres cómo el aparato se detenía delante, y un hombre saltaba al suelo.

Vittorio era un sujeto alto, apuesto, de largos cabellos negros muy rizados, sonrisa encantadora, y ojos negrísimos, que parecían de terciopelo, rebosantes de bondad.

—¡Hola, Oscar, Irene…! ¿Otro para el Paraíso?

—Es una mujer —sonrió Oscar—. Y muy hermosa, según dice Hermann.

—Nunca he visto ninguna tan hermosa —se ratificó el gordito anciano.

Vittorio se acercó a Galina Cherkova, que había sido colocada sobre el sofá, y se sorprendió simpáticamente.

—Sí que lo es —admitió—. Muy hermosa, Hermann. ¿Habéis traído dinero?

—Hermann te lo dará —dijo Oscar.

—Muy bien… Cada día tenemos más gastos, Oscar. ¿Cuánto esta vez?

—El equivalente a cuatrocientos mil dólares, en billetes de cinco países. ¿Habrá suficiente?

—Por supuesto. Mientras vayamos recibiendo esos ingresos podremos seguir adelante, no te preocupes. ¿Habéis conseguido algo de esta mujer?

—Sí. Tenía un microfilme… —Como es rusa, lo venderemos a los americanos, ingleses, franceses, alemanes e italianos.

—Estupendo. Bueno, si me dais el dinero, partiré en seguida hacia el Paraíso. Hay una buena distancia, y quisiera llegar antes del amanecer. Por discreción, claro.

—Sí, es lo mejor.

—Voy a buscar el dinero —dijo Hermann.

—Mientras tanto —sonrió Vittorio—, yo llevaré a esta preciosidad al helicóptero.

Capítulo VII

Y cuando despertó, muy apaciblemente, sin molestia alguna debido sin duda a la alta calidad de la droga que le habían administrado con el café, pudo muy bien pensar que estaba en el Paraíso.

En primer lugar, porque estaba completamente desnuda.

En segundo lugar, porque lucía un sol intenso, dorado, maravilloso, que podía ver por la abierta ventana de aquel lugar. Y también había pinos que llegaban hasta la terraza, y flores, cuya fragancia captó en seguida…

Se sentó en la cama, y se sobresaltó ligeramente al ver al guapo muchacho de ojos negrísimos, como de terciopelo, llenos de bondad. Estaba a su derecha, sentado en uno de los sillones del dormitorio, y la miraba fijamente, fascinado.

—¡Hola! —saludó cordialmente el guapo muchacho—. Me llamo Vittorio. ¿Habla italiano?

Galina Cherkova asintió con la cabeza. Entonces vio sus ropas, en el suelo, junto a la cama, y se inclinó para recogerlas… Al hacerlo, sus largos cabellos negros quedaron ante ella, y al mismo tiempo, con sus ropas veía la peluca rubia. Parpadeó, y se dio cuenta de que también le habían quitado las lentillas de contacto que convertían en verdes sus pupilas. Es decir, que el guapo Vittorio estaba viendo absolutamente al natural a la agente Baby.

Ella se sentó en la cama, y comenzó a vestirse, sin prisas, sosegada, preguntando:

—¿No va a devolverme mis lentes de contacto, Vittorio?

—¡Oh, sí! Puedo hacerlo, si lo desea, porque el doctor ya la ha visto tal como es. Yo estoy aquí esperando a que usted despierte para llevarla con él.

—¿Con el doctor?

—Sí, claro.

—Bien. ¿Por qué estoy desnuda?

—Porque es muy hermosa, y yo quería verla.

—¿Y qué más?

—Nada más…, por ahora.

—¿Qué quiere decir con eso?

Vittorio sonrió, se puso en pie, y se acercó a ella, metiendo dos dedos en un bolsillo. Sacó las lentillas de contacto, y se las entregó. Brigitte Montfort las dejó sobre la cama, acabó de vestirse, se puso la peluca y las lentillas, y se acercó a la abierta ventana.

En efecto, era un hermoso día. Nada sugería la presencia de nieve, ni de frío… Estaban en una playa. Se veía el mar, muy cerca, quizá a doscientos metros Azul, azul, azul…, bajo un cielo también radiantemente azul. Y entre la ventana y el mar, muchos pinos, y flores… Miles de fragantes flores.

—¿Este es el Paraíso de que hablan los Rambouillet?

—Sí —rió Vittorio.

—Ya. Digamos, para dejarlo mejor definido, que es un lugar paradisíaco, pero que no es el paraíso, puesto que seguimos en la Tierra… A menos que los dos estemos muertos, y hayamos sido… proyectados a otro mundo.

—No, no —volvió a reír Vittorio—, estamos en la Tierra.

—¿En qué lugar de ella?

—Italia.

—Lo había imaginado. ¿Qué lugar de Italia?

—La costa.

—No me diga… ¿De verdad?

Vittorio tuvo que captar el tono irónico de la mujer que él creía rusa, pero se echó a reír. Resultaba tremendamente simpático; increíblemente simpático.

—De verdad —asintió—. Es muy diferente de Viena, ¿no le parece?

—Me lo parece.

—A mí no me gusta Viena —refunfuñó Vittorio—, pero tengo que estar siempre allí, esperando las llamadas de Oscar e Irene, para acercarme con el helicóptero a recoger al espía de turno. Luego lo traigo aquí, estoy un día o dos, y vuelvo… Pero cuando todo, termine, podré quedarme para siempre en Italia, en la costa. Compraré una villa como ésta, y viviré el resto de mis días como un rey.

—Rey…, ¿de qué o de quién?

—De mí mismo —volvió a reír Vittorio.

—Es el mejor reinado que puede ejercer cualquier mortal, ciertamente —sonrió la divina espía—, ser dueño de sí mismo. Esto, aunque parezca una tontería, no está al alcance de todos, Vittorio.

—Lo sé, porque trabajo para otros.

—¡Oh! No me refería a eso… Una persona puede trabajar para otras, pero ser siempre dueña de sí misma, física y mentalmente. Eso es lo importante. Dígame, Vittorio, ¿cuánto hace que hemos llegado aquí?

Vittorio miró su reloj de pulsera.

—Unas seis horas.

—¡Ah, magnífico!

—¿Magnífico? ¿Por qué?

—Yo me entiendo.

—Bueno. Mmm… Creo que deberíamos ir ya a ver al doctor.

—Quisiera ir antes al cuarto de baño.

—¿Para qué?

—Hombre, Vittorio —rió Baby—. ¡No querrá que le explique eso!

—Entiendo —rió también el guapo italiano—. Ese es un lugar que nadie puede dejar de visitar, ¿verdad?

—No sea ordinario —frunció el ceño ella—. ¿Puedo?

—Claro —Vittorio señaló una puerta al fondo del dormitorio, sacando al mismo tiempo una pistola—. Pero no quiera pasarse de lista: por muy espía rusa que sea usted, una bala puede matarla perfectamente.

—Estoy convencida de ello.

Brigitte Montfort entró en el cuarto de baño, cerró la puerta con el pestillo interior, y se quedó mirando el inodoro, con seca sonrisa. Luego, se colocó ante el espejo, y lo estuvo mirando atentamente, tocando sus bordes… Sí, podía quitarlo de allí. Por esa parte, no había problema. Abrió seguidamente las tres pequeñas puertas del armarito de pared, y estuvo buscando en éste, hasta encontrar otro espejito, del tamaño de un paquete de cigarrillos.

«Estupendo», pensó.

Descolgó el espejo grande, y lo colocó en el suelo, de tal modo que el sol, entrando por la ventana del cuarto de baño desde muy

alto, dio de lleno en él, reflejándose hacia el techo cegadoramente. La espía recurrió entonces al espejito pequeño, y lo colocó encima del grande, buscando el reflejo del sol… Tuvo que mover varias veces el espejo grande hasta conseguir que el reflejo del sol lo recibiese el espejo pequeño de tal modo que volvía a salir por la ventana del cuarto de baño.

Entonces, con pequeños intervalos, y por tres veces, estuvo enviando destellos de sol al exterior.

Luego, colocó los espejos en su sitio, y, sonriendo, alzó y dejó caer la tapa del inodoro, con fuerza. Apretó el botón que soltaba el agua, esperó a que el rumor de ésta decreciese, y fue a lavarse las manos, procurando que el grueso chorro de agua sonase con fuerza en el lavabo. Se secó las manos, sonrió duramente, y salió del cuarto de baño.

Vittorio estaba allí, y la miró con expresión divertida.

—¿Qué? —se interesó—. ¿Está ya en condiciones de ir a ver al doctor?

—Cuando guste. Pero… ¿no van a darme de desayunar?

—Después que haya hablado con el doctor, almorzaremos juntos, no se preocupe. Y todo será *bocati di cardinali*.

—Eso quiere decir que los cardenales comen muy bien, ¿no?

—¡Ya lo creo! Bien, vamos allá.

Salieron del dormitorio, y bajaron a la planta. Era una villa agradable, pero nada especial. Para Brigitte Montfort, su mayor cualidad era que estaba ubicada junto al mar. Por lo demás, un tanto vulgar en todo.

Incluso el salón en el que la introdujo Vittorio. Al fondo había una puerta-ventana, abierta, que daba al jardín. También se veía el mar desde allí.

Y desde la puerta, vio, en seguida, a los tres hombres.

Dos de ellos se pusieron inmediatamente en pie, y sacaron su pistola…, por lo que Brigitte los desdeñó en el acto, comprendiendo que eran simples asalariados, y miró al tercer hombre, que permanecía sentado en un sillón, mirándola fríamente; debía tener unos sesenta años, sus cabellos eran casi completamente grises, sus ojos claros… Buena estatura, buenas ropas…

—Aquí está, doctor —dijo tontamente Vittorio.

El hombre asintió, siempre fija su mirada en Baby.

—¿Habla usted francés, o italiano?

—Ambos —replicó la divina.

—Bien. Así nos entenderemos con toda perfección —se expresó él en francés—. ¿Por qué ha vuelto a ponerse esas cosas?

—Me pareció que de rubia y con ojos verdes estaba más atractiva.

—¡Ah! De acuerdo, eso no tiene la menor importancia. Vamos a lo que interesa: ¿cómo están las cosas con respecto a los Rambouillet?

—No le entiendo…

—Me ha dicho Vittorio que es usted rusa, y que se llama Galina Cherkova. Trabaja para la MVD. ¿Correcto?

—Sí… Sí.

—Entonces, ha debido entender mi pregunta. Pero voy a hacérsela de otro modo, ¿tiene la MVD sospechas contra Oscar e Irene Rambouillet?

La falsa espía rusa vaciló. Por un instante, pareció que fuese a adoptar una actitud hostil, de rebeldía…, pero dejó caer los hombros, abatida.

—No —murmuró.

—¿No? ¿Está segura?

—Si la MVD hubiese sospechado algo de los Rambouillet, yo no estaría aquí ahora.

—Muy razonable. Entonces… ¿todo seguía igual hasta el momento en que usted llamó a los Rambouillet?

—¿Igual? No sé a qué se refiere… Yo salí de Múnich hacia Budapest, y tenía que pasar por Viena, como escala de seguridad. Aparecieron los americanos, comprendí que las cosas estaban mal en Viena, ignoro por qué, y decidí pedir ayuda a los Rambouillet, tal como se me había indicado para un caso de apuro. Eso es todo. Luego, ellos me engañaron…

—Esa parte ya la conozco. En definitiva: la MVD aún no ha tomado medidas contra Oscar e Irene, ni desconfía de ellos.

—Que yo sepa, no. Ya le he dicho que…

—Sí, sí. Está bien, Vittorio, puedes llevártela… Pero recuerda: esta misma noche tienes que volver a Viena.

—Sí, doctor, descuide. *Andiamo, ragazza*…

—Pero… Un momento —protestó Galina Cherkova—. ¿Qué es

todo esto, qué significa…?

Vittorio frunció el ceño, y tiró de un brazo de la espía, pero el hombre al que llamaban doctor intervino:

—Espera, Vittorio. Ella está pidiendo una explicación… Como todos. Y no veo por qué no hemos de dársela. ¿Por qué no decirle que ha tenido la fortuna de ser enviada al paraíso de los espías? Siéntese —señaló un sillón a Ja espía—, y con mucho gusto le explicaré lo que quiera saber.

—Todo —dijo Galina, sentándose.

—¿Todo? Bien… Sí, por supuesto. Empezaremos por los Rambouillet, ¿qué sabe usted de ellos?

—*¿Yo?* Nada… Sólo que podía recurrir a ellos en Viena.

—Eso es poca cosa. Pero, supongo que en Moscú deben saber mucho más. Incluso, que los Rambouillet son franceses…, aunque éste no es su verdadero apellido. Yo también soy francés, aunque esté viviendo en Italia con pasaporte italiano. Pero todo esto de los pasaportes falsos sería muy largo de contar, y aburrido…, además de innecesario. Así que nos ceñiremos a los hechos importantes… ¿Tampoco sabía usted que los Rambouillet tenían tres hijos?

—No…

—Los tenían. Eran tres muchachos formidables… ¿Sabe a qué se dedicaban? A lo mismo que usted: al espionaje. Tres bellos, inteligentes jóvenes que se dedicaron al espionaje alegremente, como si fuese una profesión amable y normal.

—¿Trabajaban para Francia?

—No… No, no. Trabajaban para ellos. Seguramente, usted conoce a esa clase de espías, que se dedican a espiar a favor de quien mejor les pague…

—He conocido a muchos así —murmuró Baby.

—Claro. Bien, los tres Rambouillet eran… más bien de lo mejorcito, y, por lo tanto, estaban ganando mucho dinero. Tanto, que finalmente sus padres tuvieron que comprender que sus actividades no eran corrientes. Esos tres muchachos eran gente dura, créame, pero amaban a sus padres, con ellos se comportaban como niños. Quizá porque los Rambouillet son siempre todo amor, así que imagínese con sus propios hijos. En resumen, ellos tuvieron que confesarles, finalmente, que se dedicaban al espionaje. Oscar Rambouillet y su esposa, habían sufrido mucho en la última guerra

mundial, y tenían una noción del espionaje muy desagradable, de modo que «ordenaron» a sus hijos que abandonaran esa «profesión». Entonces, los muchachos les dijeron que las cosas habían cambiado mucho, y que en la actualidad, el espionaje era otra cosa. Nada de asesinatos, torturas, y cosas así. Les convencieron de que en la actualidad, el espionaje era poco menos que un… apostolado en favor de la paz si se realizaba adecuadamente…

—Debería ser así —murmuró Baby.

—Quizá —sonrió duramente el doctor—. Pero no lo es, ¿verdad?

—No.

—Lamentable. Sin embargo, como le decía, los tres muchachos convencieron a sus padres de que su espionaje, su labor, era algo admirable: ellos conseguían secretos de unos y otros bandos, los vendían a quien les interesaba, y, de este modo, había siempre un equilibrio de información que evitaba choques sangrientos, posibles conflictos armados, invasiones… En resumen, que ellos eran unos angelitos de la paz.

—¿Y no era así?

—No. Eran espías, eso es todo. Hacían lo que les convenía a ellos. Unos aventureros dinámicos, con muchos recursos, y que estaban ganando dinero en abundancia…, hasta que, finalmente, los mataron. Tenía que suceder, ¿no le parece?

—Es lo más corriente, al menos —admitió Baby.

—Sí. Bien…, los mataron. ¿Qué cree que hicieron entonces los Rambouillet?

—Se dedicaron al espionaje para seguir… el apostolado de sus hijos.

—¡Ah…! Usted piensa, entonces. En efecto, eso hicieron. Sus hijos tenían en la casa de Francia donde vivían, una gran cantidad de información que microfotografiaban para su archivo. Los Rambouillet consiguieron poner en cierto orden toda esa información, en la que, por supuesto, había nombres, fechas, direcciones… Imagínese. Y decidieron poner mano a la obra: se cambiaron el nombre, consiguieron su pasaporte falso, y se instalaron en Viena, donde comenzaron a trabajar muy discretamente… Ocurriese lo que ocurriese, ellos estaban, y están, decididos a proseguir la elogiable labor que habían empezado sus hijos, caídos como mártires…

—Se está usted burlando de los Rambouillet.

—En cierto modo, por ingenuos. Pero soy amigo de ellos, y les estoy ayudando. Al principio, con pequeñas argucias y contactos de poca importancia, los Rambouillet fueron incrementando su reserva de información, y haciendo pequeñas ventas de tal información, convencidos de que estaban laborando por el equilibrio entre los servicios secretos, de tal modo que, estando todos enterados de todo, nadie se atrevería a complicar las cosas. Le voy a poner un ejemplo… Supongamos que Austria tiene en proyecto invadir Suiza, y, antes de dar el gran paso, como es lógico, se procura la máxima información respecto a tropas, material bélico, etc. Entonces, se entera de que en Suiza, bien pertrechados, pueden caer en una trampa mortal merced a los ejércitos secretos ocultos en las montañas tal, tal y tal. ¿Qué hace Austria? Pues desiste de sus proyectos de invasión. Al mismo tiempo, Suiza recibe la información de que es muy posible que Austria los invada, y, por tanto, apercibe sus fuerzas de tal modo que el choque sería muy nivelado, y todos saldrían perjudicados. Y como Suiza no quiere salir perjudicada, se limita a dejar sus tropas en los subterráneos de sus montañas, y a esperar… Mas como Austria no ataca, no pasa nada. Unos desisten, y otros esperan… No pasa nada.

—¿Eso es lo que están haciendo los Rambouillet?

—Exactamente. Ha sido un ejemplo, claro, pero refleja muy bien lo que persiguen los Rambouillet con su espionaje.

—Entonces, ese par de ancianos son… son admirables… Sus hijos, no, pero ellos sí. Están vendiendo información a todos con propósitos que sólo pueden merecer alabanza…, pero que están poniendo en grave peligro sus vidas, porque uno u otro servicio secreto tendrá que darse cuenta pronto del múltiple juego de Oscar e Irene, y… no creó que aceptasen esas explicaciones.

—Por supuesto que no las aceptarían. Ese par de chiflados son admirables, sin la menor duda. Pero vaya usted a decir en Moscú que, además de trabajar para la MVD, los Rambouillet están trabajando para la CIA, el SDECE, etc. ¿Cree usted que Rusia, o en su caso, Francia, o Estados Unidos, o Italia…, se tomarían las cosas de un modo tan… romántico?

—No.

—Los harían pedazos, ¿verdad? Por eso, le he preguntado hace

unos minutos si la MVD sospecha ya algo de los Rambouillet, a fin de ponerme a salvo. Compréndalo: tarde o temprano, cualquier servicio secreto se mosqueará con el asunto Rambouillet, debido a los agentes que les han desaparecido, y entonces, los Rambouillet serán… estrujados hasta que lo digan todo. Si tal cosa sucede, yo no estaré aquí esperando a los rusos, ingleses o americanos, se lo aseguro. Y tal cosa, tiene que suceder. Es inevitable.

—Desde luego —murmuró Baby—. Y nadie creerá lo que los Rambouillet expliquen. Lo menos que les ocurrirá será pasarse el resto de sus días en una prisión.

—Exactamente. Y ellos lo saben… Pero, mientras tanto, siguen con su apostolado, mejorándolo. Hasta hace unos meses, se dedicaban solamente a vender por partida múltiple las informaciones que conseguían. Pero un día, un pensamiento los dejó consternados: aquellos hombres con los que ellos trataban, aquellos espías, siempre estaban poniendo en peligro sus vidas, y, tarde o temprano, como sus tres hijos, podían morir asesinados… Entonces, tuvieron la gran idea: ayudar a esos espías, y, al mismo tiempo, conseguir mucha más información para mantener el equilibrio…

—Es decir, que fueron cazando a los espías que pedían su colaboración.

—Sí. Hasta aquel momento, habían ayudado a unos y a otros, impávidos ante la posibilidad de que su juego bondadoso fuese descubierto. Pero, al pensar que aquellos espías, fatalmente, un día u otro iban a morir en cualquier misión, decidieron… retirarlos de la circulación.

—¿Y les buscaron un paraíso? —sonrió Galina Cherkova.

—Exactamente. Recibían la llamada de un agente secreto en apuros, iban allá, y hacían… lo que han hecho con usted: narcotizarlo. Si el agente secreto llevaba información tangible, se la quitaban y lo enviaban aquí. Si la información del agente secreto era verbal, esperaban a que despertase, le inyectaban pentotal, y lo averiguaban todo, o, la mayor parte. Luego, me lo enviaban aquí. Ellos vendían la información por partida múltiple, conseguían mucho dinero, y me lo iban enviando, para la manutención del Paraíso. No sólo soy un amigo en quien confían, sino que ademas, soy médico, y los Rambouillet quieren que me cuide de los agentes

secretos en cuerpo y mente. ¿Comprende?

—Esta última parte, no mucho. La intuyo, eso sí. ¿Quiere decir que usted les hace un lavado de cerebro?

—Aproximadamente, ésa es la idea de Oscar e Irene: convertirlos en hombres buenos, normales, que no quieran saber nada más del espionaje, y, por tanto, que se dediquen a vivir apaciblemente largos años, en cualquier parte. Una vez están en condiciones de eso, se les da dinero, un pasaporte a su gusto, y se les devuelve al mundo. Hasta entonces, permanecen en el Paraíso.

—¿Y estamos ahora en ese… Paraíso?

—No. Este es sólo el punto intermedio. Los Rambouillet me pidieron que buscase un lugar que pudiese ser, realmente, un paraíso para esos hombres que se han estado jugando la vida, como lo hicieron sus hijos… Por la memoria de éstos, lo están haciendo todo, y quieren siempre lo mejor para todos los espías. Así que había que buscar lo mejor: una isla en los mares del Sur.

Un destello de alegría infinita apareció en los verdes ojos de la falsa espía rusa.

—Entonces… ¡todos los agentes que han desaparecido de la CIA, la MVD, el MI5…, todos, están en esa isla de los mares del Sur! —exclamó.

—En el Paraíso —sonrió el doctor.

—Pero esto es… es increíble… ¡Y admirable! Bueno, es un poco de locos, francamente, pero la idea es digna del mayor respeto… ¡Es increíble! ¿Y dónde…, dónde está esa isla exactamente?

—¿Para qué preguntar, si también usted va a partir muy pronto hacia el Paraíso? —sonrió de nuevo el doctor.

—¿Cuándo?

—Pronto. Mientras tanto, Vittorio se ocupará de usted. Y ahora que sabe la verdad, espero que sea amable con él. No nos gusta andar con las pistolas en la mano, pero, francamente, algunos de ustedes, al principio, son un poco difíciles de tratar.

—Sí… Sí, es verdad… Pero no yo, doctor.

—Lo celebro. Y ahora, perdóneme, pero Vittorio me ha traído más dinero de Viena, y tengo que llevarlo al Banco, para que siga su ruta, ¿comprende?

—Desde luego.

—Entonces, adiós, *mademoiselle* Cherkova. Feliz viaje al

Paraíso.

—Gracias… Gracias. Cuando quiera, Vittorio.

Capítulo VIII

Salieron de la casa, y Vittorio la llevó hacia una pequeña cabaña que había a pocos pasos de la orilla del mar, entre pinos. Era un lugar muy fresco y agradable, rústico, donde la primavera y el mar formaban un conjunto armónico delicioso…

—Todo es delicioso —exclamó Brigitte Montfort—. ¡Todo, Vittorio!

El bello italiano la abrazó por la cintura, y sonrió.

—Especialmente el amor —susurró.

—¿Cuál amor? —se sorprendió ella.

—Sólo hay una clase de amor… entre un hombre y una mujer.

—¡Oh…! Sí, entiendo. Pero yo prefiero el otro amor, Vittorio: el de los Rambouillet hacia sus semejantes.

—¡Claro! —rió él—. Claro. Pero no vamos a desperdiciar una clase de amor porque exista el otro, ¿verdad?

—¿Me está… proponiendo algo?

Vittorio se inclinó para besarla en los labios, pero la divina espía ladeó la cabeza, esquivando el beso. El bello italiano emitió un gruñido, y farfulló:

—Vamos, no seas arisca… ¿Para qué crees que hemos venido aquí los dos solos?

Ella puso las manitas en el pecho de él, para mantenerlo separado en lo posible, mientras le miraba fijamente a los ojos.

—No lo sé —murmuró—. Dímelo tú, ¿para qué hemos venido aquí los dos solos?

—No te hagas la tonta, rusa… Mira, hasta el momento, todo han sido hombres, de modo que no ha habido problemas. Pero tú eres demasiado hermosa para enviarte al Paraíso, de buenas a primeras. Llevo una vida dura y aburrida en mi escondrijo cerca de Viena, así que el doctor ha sabido compensarme esta vez… ¡Y vale la pena!

—Si el doctor quiere compensarte que lo haga a su manera —

dijo ella, quedamente—. Yo no tengo por qué hacerlo, Vittorio.
—Vamos, no seas tonta… ¿Por qué precipitar tu final? Todavía puedes disponer de unas hermosas horas de vida…
Galina Cherkova palideció intensamente.
—¿Qué quieres decir? —susurró.
—Unas hermosas horas de vida… conmigo. Y eres tan hermosa… Si sabes complacerme, le pediré al doctor que alargue tu vida para mí, así que déjate de tonterías… Hace calor: quítate ya el vestido. Ya sabes que no será nada nuevo para mí verte desnuda.
—¿Luego me matarás? —bajó ella la mirada.
—Ya te digo que puedo prolongar tu vida de acuerdo a tus… merecimientos y méritos. Estoy seguro de que vas a ser razonable.
—Sí —sonrió ella, aún más pálida—. Suéltame y me quitaré el vestido… Pero no me mates, Vittorio… ¡No me mates!
—Vivirás todo el tiempo que merezcas —rió él.
—Entonces, procuraré merecer mucho, mucho tiempo… Pero los otros…, los otros espías…, ¿han muerto?
—¡Claro! —Vittorio lanzó una sonora carcajada—. ¡Vamos, vamos…! ¿De verdad una espía tan lista como tú ha creído el cuento del doctor?
—Sí —Brigitte comenzó a desabrocharse el vestido—. Sí, lo he creído… Pero comprendo, ahora, que todos esos hombres que han desaparecido de sus servicios secretos, están… muertos, no en una isla de los mares del Sur…
—¡Qué estupidez…! El doctor y nosotros nos quedamos todo el dinero que nos entregan los Rambouillet; eso es todo. En cuanto a los espías ésos, pues nadie dudará que están en el Paraíso… Sí: tenemos un paraíso muy especial para esos estúpidos espías.
—¿Qué paraíso? —comenzó ella a quitarse el vestido.
Vittorio se acercó más, de nuevo, y puso sus manos en los finos hombros que parecían hechos de seda y de sol.
—No te preocupes —jadeó—. Tú vivirás mucho tiempo…
—¿Qué paraíso? —insistió ella.
—El fondo del mar. Después que el doctor se asegura de que los Rambouillet siguen funcionando sin peligro para nosotros, los matamos, yo los llevo mar adentro con el helicóptero, y los dejo caer, bien lastrados con piedras y cadenas… Jamás volverán.
—Jamás volverán —los ojos de Galina Cherkova se llenaron, de

pronto, de gruesas lágrimas—. Han sido veinte hombres… ¡Veinte espías asesinados, en total! Han pasado a ser de esos que nunca volverán… Por dinero. Habéis asesinado a veinte hombres, habéis engañado a Oscar e Irene del modo más brutal…

—Son unos pobres imbéciles… Será mejor que te olvides de ellos y pienses únicamente en tu propia supervivencia. Pórtate dulcemente conmigo, y conseguiré…

—No me toques… ¡No me toques!

Vittorio frunció el ceño, acabó de bajar el vestido por delante, y deslizó una mano por un seno de Brigitte Montfort.

—Piénsalo bien. Con un poco de amor…

—Matadlo —jadeó ella, lívida—. ¡Matadlo, matadlo, matadlo…!

Mientras gritaba la orden, empujó a Vittorio, con tal fuerza, que el bello italiano fue a caer de espaldas al suelo. Vio la dirección de la mirada de ella, hacia la puerta de la cabaña, y también miró hacia allí… Palideció y respingó al ver a los tres hombres, que parecían cadáveres de tan pálidos, en el umbral, fijas en él sus miradas… Y Vittorio se revolvió, metió la mano en el bolsillo en busca de la pistola.

Plop, sonó el primer disparo.

Plop, plop, plop, plop, plop…

A cada balazo que recibía, Vittorio saltaba, se estremecía, gemía, se crispaba…, hasta que las balas ya no pudieron hacerle más daño, y quedó tendido en el centro de la cabaña, acribillado, contemplado por cuatro demudados espías.

El primero en reaccionar fue John Pearson, alias Fantasma, del MI5. Se acercó a Brigitte, le subió el vestido, y lo cerró. Ella estaba cada vez más pálida, pero no más que el propio Pearson, no más que el francés Pierre, que el ruso Anton…

—¿Cuántos hombres hay en la casa? —preguntó, con voz aguda, el espía británico.

—Tres… Tres.

—Está bien.

—John…, matadlos. ¡Matadlos! ¡MATADLOOOSSS…!

Se dejó caer de rodillas, escondió el rostro entre las manos, y rompió a llorar…, mientras los tres espías especiales de sus respectivos servicios, que habían llegado allí en helicóptero, siguiendo con un receptor las señales que emitía la pequeña cápsula

emisora que Baby se había tragado, y que funcionaba con el calor de su estómago, salían de la cabaña, desencajados los rostros, apretando en sus manos las pistolas hasta sentir que los huesos crujían…

En verdad, no necesitaban las indicaciones de Baby para nada en absoluto.

Al menos, en aquella ocasión.

En aquella ocasión, *frau* Simonet no llegó sola y a pie ante la casita que ostentaba el número veintiuno de la Negerlegasse en Viena.

Lo hizo en un coche, sentada junto al conductor, un sujeto alto, atlético, rubiales, pero ya con algunas canas visibles en sus sienes. Detrás de ellos, dos hombres, de los que sólo interesaba, y por simple comodidad de conversación, los nombres que habían utilizado: Pierre y Anton.

El coche se detuvo delante de la casita, y durante unos segundos, pareció que sus ocupantes fuesen de piedra, pues no se movieron en absoluto. Por fin, la anciana Annette Simonet suspiró, y se volvió hacia el asiento de atrás, mirando con sus apacibles ojos azules a Pierre y Anton.

—Gracias por dejarme terminar el asunto a mí —murmuró.

—Tengo la seguridad de que lo hará bien —dijo Pierre.

—Eso espero. Y… hemos hecho un trato, Pierre.

—Sí… Los cuatro hemos hecho un trato. Y por mi parte, le aseguro que lo cumpliré.

Frau Simonet asintió, y no se molestó en preguntar nada a Fantasma, pues sabía sobradamente que éste haría lo que ella le pidiera. Por eso, miró fijamente al ruso.

—Anton —murmuró—. Hemos hecho un trato, ¿verdad?

El espía de la MVD asintió con la cabeza, con su característico gesto, sombría la expresión.

—Gracias. Espero que se separen como buenos amigos cuando yo les haga la señal de que todo termina bien. Se alejan de aquí, dejan mi coche en cualquier parte, y mis compañeros ya lo encontrarán un día u otro… En cuanto a mí, ya saben que los considero como amigos, como colegas…, como compañeros.

Tendió la mano al francés, que la aceptó inmediatamente. Luego, al ruso, que frunció más el ceño y se quedó contemplando

los finos dedos aristocráticos unos segundos; por fin, alzó la mirada, y la fijó en los ojos de Annete Simonet. Tragó saliva, asintió de nuevo con la cabeza, y apretó los finos deditos.

—*Dosvidaña* —murmuró roncamente.

Annette sonrió, se volvió hacia el británico, y le tendió la mano…, pero cuando Pearson la tomó, demudado el rostro, ella se acercó más, y le besó en la barbilla.

—Adiós, John —susurró; se volvió, abrió la portezuela, y cerró los ojos un instante, añadiendo—: *goodbye, au revoir, dosvidaña*…

Salió del coche, y se dirigió con su pasito menudo hacia la casa, cuya puerta se abrió cuando ella aún no había llegado.

—*Frau* Simonet —sonrió Irene Rambouillet—. La hemos visto por la ventana. ¡Y trae usted su violín!

—¿Cómo está, *frau* Rambouillet? —murmuró Annette.

—¡Oh, bien…! ¡Muy bien! Oscar está en el salón, naturalmente. Por favor, pase. Nos agrada mucho su visita.

—Muy amable, gracias…

Fueron las dos hacia el salón de música. Oscar Rambouillet acudió al encuentro de ambas, sonriendo anchamente, tendida su diestra en cordialísima bienvenida. Hermann Pfolzer, que al parecer estaba jugando al ajedrez con Oscar, se puso en pie, y se quedó mirándola sonriente, como un niño sin malicia.

—¡*Frau* Simonet, qué agradable visita…! ¡Y con violín! ¿Le ha dicho Irene que la ha visto por la ventana?

—Sí. Me pareció que podía aprovechar esta tarde libre para visitarles, *herr* Rambouillet.

—¡Por supuesto! Siempre que quiera, *frau* Simonet. ¡Oh…! ¿No conoció usted a Hermann el otro día?

—No… No. Buenas tardes, Hermann, ¿cómo está?

—Encantado, *frau* —sonrió el obeso anciano.

—Veo —la mirada de Annette Simonet fue hacia el tablero de ajedrez—, que he llegado para interrumpirles, así que…

—¡De ninguna manera! —protestó Oscar—. Mire, Hermann y yo tenemos tiempo sobrado para jugar al ajedrez, y, en cambio, dudo que podamos contar con su presencia todas las tardes.

—Eso es cierto —suspiró Annette—, porque voy a salir esta misma noche para París, en avión. Y de París, mañana temprano, hacia Estados Unidos.

—¡Oh…! Es un largo viaje.

—Sí. Pero estoy acostumbrada: la CIA siempre me está enviando a todas partes del mundo, de modo que, para mí, tomar un avión es como para algunos tomar un taxi… ¿Comprenden? ¡Oh! —sonrió al ver los tensos rostros de los tres—. ¿Se han asustado al oírme mencionar a la CIA? No deben preocuparse, todo va a terminar bien…, espero. En primer lugar, quisiera que me devolviesen el maletín rojo con florecillas azules que le quitaron ustedes a mi colega rusa Galina Cherkova. Por favor.

Oscar, Irene y Hermann estaban petrificados, lívidos sus rostros. Por fin, Oscar carraspeó, y miró al gordito.

—Ve a traer ese maletín, Hermann.

—Sí, Oscar.

Pfolzer salió del salón de música, y los Rambouillet se tomaron de la mano y se sentaron en el sofá, juntos… Sí, parecía que en cualquier momento se fuese a oír allí un vals romántico. *Frau* Simonet abrió el estuche, mostrando el violín que contenía, en el que destacaban, en oro, las letras «A» y «S», gastadas, relucientes.

—A cambio del maletín de Galina Cherkova —dijo—, les voy a regalar mi violín… No protesten. Dentro del violín, hay documentaciones para ustedes tres. Saldrán de Viena en coche esta misma tarde, hacia el norte, hacia su chalet… ¿Lo recuerdan? Allá, dos agentes de la CIA los estarán esperando, y los llevarán a Italia. Una vez en Italia, tomen el rumbo que quieran con estos documentos. Y desaparezcan. También hay dentro del violín dinero suficiente para que vivan en paz hasta el fin de sus días. Olviden el espionaje, no hagan nada más. ¿Está claro?

—Nosotros… Usted… ¿Cómo sabe…? ¿Qué sabe usted de lo que nosotros…?

—Oscar, yo lo sé todo ahora, se lo aseguro —cortó ella—. Hemos dejado marchar también a Vittorio, al doctor, y a los amigos de ellos que les ayudaban a ustedes…

—¿Le ha ocurrido algo a René?

—¿René?

—El doctor, nuestro querido amigo René Toubert…

—No se preocupe por él. Y nunca vuelva a buscar su contacto. Y jamás, jamás, vuelva a meterse en el espionaje. Por esta vez, y dado que sus intenciones eran buenas, ni la CIA ni los demás servicios

secretos vamos a molestarles. Pero olvídenlo todo, desaparezcan… Comprendan que no nos gusta que nos vayan privando de agentes secretos, Oscar.

—Pero ellos están bien… Lo que nosotros queríamos…

—Ya le digo que lo sé todo. ¡Ah!, ya tenemos aquí mi… el maletín de Galina Cherkova. Gracias, Hermann —Annette Simonet dejó el estuche con el violín sobre una mesita, se puso en pie, y recogió el maletín de manos de Pfolzer—. No lo olviden: márchense esta misma tarde. Cuanto antes, mejor. ¿Lo harán?

—Sí —murmuró Irene.

Annette Simonet se acercó a la ventana, se colocó ante los cristales, y movió una mano. Afuera, se oyó, muy apagado, el rugido de un motor al ponerse en marcha… No duró su sonido ni siquiera cinco segundos. De nuevo el silencio.

—Creo que ya está todo —dijo, débilmente, *frau* Simonet—. ¿Quieren saber algo?

—Ustedes… ¿han recuperado a sus hombres? —se interesó Oscar.

—¿Por qué lo pregunta?

—Es que… Bueno, Irene y yo teníamos pensado ir a esa isla un día de éstos, muy pronto, pero ahora, si no podemos encontrar a René, nunca sabremos dónde está esa isla…

—¿No lo sabían?

—No. René se encargaba de todo. No sé si él le explicaría a usted…

—Sí, sí, me lo contó todo.

—Sabíamos que unos u otros acabarían por descubrir nuestro juego, y estábamos dispuestos a aceptar lo que fuese… No esperábamos, precisamente, tanta magnanimidad. ¿De verdad podemos marcharnos… sin temor alguno?

—Sí. Ya han cumplido su parte, ya han honrado la memoria de sus hijos, Oscar. Es suficiente.

—Gracias… Gracias por todo. ¿Puedo…, puedo hacerle una pregunta…?

—Desde luego.

—¿Qué harán ahora esos espías que nosotros enviamos al Paraíso? ¿Volverán a la lucha, a matar…?

—No —Annette Simonet tragó saliva—. Cuando se prueba el

Paraíso, ya no interesa el Infierno, Oscar. No se preocupe por ellos: jamás abandonarán su propio Paraíso. No volverán a luchar, ni a sufrir, ni a matar… Espero que hayan aprendido ya a estar siempre en el Paraíso.

—Nos alegramos mucho por ellos —dijo Irene.

Annette Simonet tuvo que volver a tragar saliva, para poder decir:

—Yo también… Es agradable saber que hay espías en el paraíso. ¡Adiós, Irene, Oscar, Hermann…! ¡Adiós!

Este es el final

—¡Hola! —saludó, con su voz de trueno Frankie Minello—. ¡Me he enterado de que ha vuelto!

Peggy, que le había abierto la puerta del apartamento de Brigitte Montfort, frunció el ceño.

—Sí, ha vuelto… Pero no hace falta que grites tanto.

—No estoy gritando, es mi voz normal. ¿Sabes? —ahora fue él quien frunció el ceño—, eres la doncellita más rubia, bonita y pulcra del mundo, Peggy. Si algún día te cansas de servir a Brigitte, yo te emplearé en mi apartamento.

—¿En aquella cueva, sucia? —se sobresaltó Peggy—. ¡Jamás! Por otra parte, yo siempre estaré con la señorita; nunca serviré a nadie más.

—Pues si algún día te enfadas con ella porque te tire el café por la cabeza, te morirías de hambre, sin trabajo, guapita.

—La señorita jamás haría eso. Y, de todos modos, me ha regalado ya tanto dinero, que no tendría necesidad de trabajar para nadie.

—¿De veras? ¿Cuánto dinero tienes?

—Más de un millón de dólares.

—¡Zambomba! —se desorbitaron los ojos de Minello—. ¡Eres todo un buen partido, Peggy! ¡Y además, una preciosidad…!

Diciendo esto, Minello lanzó un pellizco a la turgente cadera de Peggy, que respingó y le dio un manotazo.

—¡Estate quieto!

—Bueno, perdona —le dio una cariñosa palmadita en el mismo sitio—. ¿Te he hecho daño?

—Eres imposible —rió Peggy—. ¡Un descarado!

—Es que hoy tengo el día peligroso —guiñó un ojo él—. Bueno, vamos a ver a la diosa de todas las bellezas. ¡Y la cosa se va a poner fea si me dices que no está visible!

—Pues… Bueno, visible sí que está, pero…

—¡Pero nada! ¡Allá voy! ¡Eh, Brigitte! —se adentró por el amplio y lujoso pasillo—. ¡Aquí está el hombre que te ama hasta la chifladura más chiflada que…!

Llegó a la puerta del salón, y se quedó petrificado allí, mirando a la negra.

Una hermosísima negra de largos cabellos ondulados suavemente, ojos azules, boquita sonrosada… ¡Y llevaba puesto solamente un diminuto *bikini* de color rojo! Se hallaba sentada en el borde del sofá, muy erguida… Y delante de ella, sentado en un sillón, un tipo que parecía una escoba con lentes, mirándola.

—¡Zambomba! —aulló Minello—. ¿Quiénes son éstos?

—Pasa, Frankie —dijo la bellísima negrita—. Y por favor, deja de gritar.

—No grito. Es mi voz nat… ¡Brigitte! ¿Eres tú?

El hombre que parecía una escoba puesta al revés, se frotó las manos alegremente, presa de excitación.

—¡Lo he conseguido! —dijo—. ¡Sabía que no podía fallar, así que estudié la fórmula de pigmentación, la completé…! ¡Lo he conseguido!

—Me parece —dijo la negrita maravillosa—, que no conoces a Mac Gee, ¿verdad, Frankie? Es el químico de la CIA que con sus inventos me ha salvado la vida muchas veces.

Minello miró a Mac Gee, abrió la boca, corrió hacia él, y comenzó a besarle las manos, para sobresalto y turbación del químico, que se apresuró a retirarlas, no sin dificultades, pues Frankie insistía en besarlas, exclamando:

—¡Beso a usted la mano, caballero, las dos manos…! ¡Se las beso, se las beso…!

—Frankie, no seas tonto —rió la negrita—. ¡Estás avergonzando a Mac Gee!

—Pues lo dejo, lo dejo —Minello se plantó delante de la negrita —. ¿Qué te ha pasado? ¿Has tomado demasiado sol?

—Eres un tonto y un cretino —refunfuñó la divina negrita—. Es solo una fórmula de Mac Gee, llamada *Blackcolor*, y que sirve para dar esta coloración negra a la piel, durante unas horas, o varios días, según la dosis. Hace unos días, fracasó, pero, como ves, ahora lo ha conseguido. ¿Verdad que soy una negrita encantadora? Pero

se me pasará dentro de unos minutos…

Minello se acercó más, contemplando con ojos saltones los despampanantes encantos de Brigitte Montfort.

—Yo sí que estoy negro —mascullό—. ¡Y no se me pasará tan fácilmente! ¡Me tienes negro, negra! Oiga usted, Mac Gee, póngame también a mí esa cosa, para ser negro, y Brigitte y yo nos iremos solos a un paraíso.

—¡No! —palideció visiblemente la bellísima negrita—. Nada de paraísos, Frankie, nada de paraísos…

—Pero tú te lo mereces, así que… ¡Demonios! —palideció Minello a su vez—. ¿Por qué lloras? Brigitte, ¿por qué lloras…?

FIN

Notas

[1] John Pearson, alias «Fantasma», del MI5 británico, aparece en varias aventuras de «Baby». < <